HISTORIAS DE DON RAMÓN DE LA CRUZ

COLECCION ARALUCE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pública y de uso para las B. Circulantes Premiadas en la Exposición de Leipzig

HISTORIAS DE RAMON DE LA CRUZ

LIBRERÍA CIENTÍFICA Y LITERARIA
El Ateneo
PEDRO GARCIA
Bs. Aires
Florida 371 - Suc. Cordoba 2099

Obispado de Barcelona

NIHIL OBSTAT.

El censor,

Dr. Sebastián Puig Puig

Canónigo

Barcelona, 30 de Octubre de 1929

IMPRÍMASE

† José, Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Ilma.,

Dr. Francisco M.ª Ortega de la Lorena

Canciller-Secretario

L 81.25

HISTORIAS DE RAMÓN DE LA CRUZ

ESCOGIDOS SAINETES DE ESTE CÉLEBRE AUTOR

RELATADOS A LA JUVENTUD

POR

JOSÉ BAEZA

CON ILUSTRACIONES DE

PAULET

29.171

114-143

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

ÍNDICE

Páginas

Prologuillo . . . . . **VII**
LA CASA DE TÓCAME ROQUE. **11**
LAS CASTAÑERAS PICADAS. **51**
LA PRESUMIDA BURLADA **87**
EL BUÑUELO **109**

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

La Pintosilla en su puesto de castañas . . . *Frontis*

Páginas

—¡Doña Juana! ¡Doña Juanita! **23**
De San Juan en las noches.... . . . . . **42**
—¿Cuántas castañas das por un duro? **56**
—¿De dónde vienes, sinvergüenza? **75**
La tía María y Tonilla montaban.... . . . . . **93**
Pepa y Curra que como bellas y bien plantadas... **110**
Cegó la indignación a Curra... . . . . . **112**
...con las narices destrozadas y con el traje sucio... **131**

PROLOGUILLO

Don Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla nació en Madrid el veintiocho de marzo de mil setecientos treinta y uno y murió en la misma capital el cinco de marzo de mil setecientos noventa y cuatro. Parece ser que sus padres eran de condición noble, pero este detalle no está demostrado. De lo que no hay duda es de que el caudal familiar era muy escaso y de que esta pobreza aumentó con la muerte del padre, ocurrida cuando Ramón de la Cruz no había cumplido los quince años.

Ayudado por unos parientes comenzó el futuro genio a cursar estudios universitarios en Salamanca, pero los hubo de suspender antes de haber conseguido título alguno, seguramente porque los parientes se cansaron de costearle libros y matrículas.

Entonces se empleó como oficial de tercera clase en una oficina del Estado. Por su trabajo cobraba don Ramón de la Cruz, hoy una de las más esplendorosas glorias de las letras, la mísera cantidad de cinco mil reales al año. La oficina estaba en la castiza calle de Segovia y entre sus sombrías paredes pasó el gran sainetero la totalidad de sus días, siempre esperando la llegada del momento feliz en que podría abandonar libros de contabilidad, expedientes y legajos, para dedicarse enteramente a las lides literarias que ya le habían hecho famoso y a las que a la sazón sólo podía dedicar las horas que las prosáicas tareas burocráticas le dejaban libre.

El anhelado momento de su libertad no llegó nunca. Ya pasaban de doscientas el número de obras que había estrenado, y todavía constituían su base económica aquellos miles de reales que el Estado le daba por sus servicios. Vivir de la literatura era entonces un sueño irrealizable. Todo lo que un literato o un poeta conseguía era la admiración del pueblo y la consideración y amistad de las personas principales.

Empezó a escribir muy joven. Tenía trece años y hallábase en Ceuta con su familia, cuando de su pluma salieron los primeros versos. Sus primeras obras fueron comedias y tragedias al estilo francés, que eran las que por aquel entonces hacían furor. Pero estos ensayos, aunque demostraron que en Ramón de la Cruz había un poeta y un genio, no pasaron a la posteridad ni le permitieron alcanzar la fama que más tarde habían de proporcionarle sus encantadores sainetes.

Tenía don Ramón unos treinta años cuando su musa se lanzó por el camino del sainete como por casa propia, comenzando a conquistarle laureles y a destacar aquella personalidad que había de quedar con trazos indelebles en la historia de la literatura.

Las costumbres del Madrid de aquella época, el ambiente madrileñísimo de majas, manolos, chisperos, petimetres y agudos abates en que el poeta vivió, se conserva con toda su vitalidad, animación y gracejo en los sainetes del gran costumbrista.

Sesenta y tantos años tenía cuando, a con-

secuencia de una pulmonía, murió, dejando escritas más de quinientas obras.

Para que nuestros jóvenes lectores vayan conociendo al primer sainetero español de todas las épocas, elegimos entre sus mejores sainetes estos que, en forma sencilla y asequible a todas las inteligencias, damos a continuación.

LA CASA DE TOCAME ROQUE

Era la época de las majas y de los chisperos que Goya inmortalizó con sus pinceles. Fué entonces cuando el pueblo de Madrid adquirió carácter. Todo lo típico y pintoresco que caracteriza hoy a la vida madrileña de los barrios viejos es un reflejo de aquella época.

Abundaban a la sazón las casas de mucha vecindad y de pocos pisos. Eran casas de extensa planta y poca alzada, pues todavía el hombre no estaba dominado por ese afán de altura que es signo de nuestro tiempo.

Estas casas consistían en un gran patio con galerías corridas y múltiples puertas que correspondían a los cuartos de los diversos vecinos. En el mismo patio estaba la escalera que conducía al piso superior, esto es, a la galería que daba una vuelta al patio y en la cual

estaban las puertas de la mitad de las habitaciones. La otra mitad pertenecía a la planta baja y daban también al patio, ostentando unas y otras un número sobre el dintel.

Estas eran las viviendas de la gente pobre.

Así pues, reuníase en ellas una heterogénea multitud en la que todos los oficios estaban representados y en la que la lucha por la vida se mostraba en todo su complejo colorido.

El casero era para aquellas gentes algo tan temido y aborrecido como el policía para los rateros, y cuando le veían venir, el patio quedaba vacío y toda la casa silenciosa. Era que los vecinos se preparaban para disculparse de no poder satisfacer la mensualidad. A todos había ocurrido alguna gran desgracia y cuando el casero iba de puerta en puerta para presentar el recibo, el uno salía a abrirle tosiendo y envuelto en una vieja manta, y el otro con un pañuelo liado a la cabeza, y ésta llorando la muerte de una tía imaginaria y aquélla pidiendo piedad para su hijito enfermo.

Cuando el casero, generalmente con las manos vacías, se apresuraba a alejarse, con supersticioso temor, de la fatídica casa, todos los

males se curaban como por encanto y lo que antes eran lloros y lamentos se convertía en risas, cantos y danzas.

En una de estas casas tiene su acción la historia que vamos a relatar. Llamábala la gente «la Casa de Tócame Roque», nombre pintoresco que se ajustaba muy bien a lo más pintoresco aún de la vida que en ella palpitaba.

Entre la multitud de vecinos que la habitaban, contábase Petra. Vivía ésta en el cuarto número uno y era una maja de hermosura singular y de gracia poco común, que traía revuelta a toda la juventud cortesana.

Petra tenía un novio al que llamaban *el Moreno,* joven muy bien parecido, formal y generoso, que bebía los vientos por ella.

En la puerta número diez vivía Juana, sin más compañía que la de su tío y una criada. Era también muy hermosa, acaso más que Petra, pero en virtudes había una gran distancia de una a otra.

Petra vivía con su madre, a la que adoraba, no haciendo con ello más que corresponder al amor maternal, y ambas estaban muy resignadas con su pobreza, la cual no era tan-

ta que no permitiera a la joven lucir en los días solemnes mantilla de laberinto y jubón de seda.

Correspondía sinceramente al amor del *Moreno* y aguardaba con resignación el momento de la boda, el cual se retrasaba cada vez más, a causa del infortunio del novio, que ni ahorraba ni tenía esperanza de poder ahorrar más adelante, pues su oficio iba de mal en peor.

Juana, en cambio, soñaba con grandezas, y todo lo sacrificaba al interés. Era novia del sobrino del casero, no porque le amara, sino porque el tío no tenía más allegado que él y habíale prometido cederle aquella casa y otros bienes tan pronto como ciertos asuntos que tenía pendientes se le resolvieran.

Las mayores virtudes que el corazón de Petra atesoraba, atraíanle la simpatía general, en tanto a Juana sólo se la admiraba por su belleza. Así, no es extraño que Juana detestara y envidiara a Petra y que Petra, mujer al fin, pagara a Juana con la misma moneda, pues si bien es verdad que su corazón no palpitaba al son de interés ninguno, a fuerza de recibir humillaciones de su vecina, la cual se complacía en demostrarle la superioridad econó-

mica de su presente y de su porvenir, no podía menos de soñar con borrar aquellas diferencias.

Y este fué el principio del fin. Los celos de Petra eran cada vez más violentos y evidentes, y el desdichado *Moreno* veía cómo la dueña de su corazón se iba transformando. Antes se mostraba dulce, amante y sumisa, prometiéndole que no le abandonaría jamás y animándole a seguir luchando para conseguir sólo lo imprescindible para formar un modesto hogar. Pero he aquí que un día desapareció su sumisión, y otro se desvaneció su dulzura y otro se apagó su cariño. Ya no le animaba a seguir luchando, sino que le echaba en cara su miseria, achacando a ella las culpas de aquel anormal estado de cosas que la obligaba a permanecer soltera y llevaba trazas de hacer que se quedara para vestir santos.

Así las cosas, llegó la víspera de San Juan y, para celebrar el santo de Juana, su novio, el sobrino del casero, presentóse por la noche en la casa propiedad de su tío con una nutrida orquesta, dando a su novia una soberbia serenata que terminó en danza y holgorio.

Era lo único que faltaba a Petra para dar el estallido. Los celos se desataron en su pecho insanamente y ni aquella noche ni las sucesivas concedió audiencia al *Moreno*, y si al fin se decidió a recibir a su novio fué para recordarle que su santo, el día de San Pedro, se echaba encima y que deseaba le diera una fiesta tan brillante como la que el sobrino del casero diera a Juana.

En vano se esforzó *el Moreno* por hacerle ver que lo que ella pretendía era cuestión de muchos duros y que él no los tenía. Petra estaba ciega de celos y cuando *el Moreno* le dió esta disculpa, pidiendo piedad para su pobre corazón, le dejó plantado en la puerta de la casa, dándole con ella en las narices.

* * *

Era la víspera de San Pedro. En el patio de «la Casa de Tócame Roque» reinaba la acostumbrada animación. Arrodilladas ante una fuente que se veía en uno de los ángulos, dos vecinas lavaban. Ante la puerta número siete, cosían el sastre y su mujer, que en tal cuarto vi-

vían. La puerta número once, correspondiente al piso superior, se abría de vez en vez, y por ella salía uno de los bordadores que habitaban el cuarto para bromear con las que lavaban arrodilladas junto a la fuente.

Ante la puerta señalada con el número uno, que era la que correspondía a la habitación de Petra, estaba sentado *el Moreno*.

Eran las últimas horas de la tarde y el alegre momento del descanso se aproximaba. Pronto dejarían todos el trabajo y los vecinos formarían corrillos en el patio, charlando o entreteniéndose en juegos familiares, en tanto llegaba la hora también feliz de la cena.

El Moreno estaba triste y pensativo. En vano había llamado a la puerta que todas las tardes abría su novia para recibirle. Esta vez permanecía cerrada a pesar de que Petra estaba dentro, porque así lo había manifestado el sastre cuando *el Moreno* le interrogó.

Y con amarga paciencia esperaba el novio a que aquella puerta tras la cual su amor se ocultaba, quisiera abrirse.

De súbito, interrumpiendo un momentáneo silencio que la entrada del *Moreno* había origi-

nado en el patio, una de las que lavaban en la fuente, se arrancó por seguidillas.

Vale una seguidilla
de las manchegas
por veinticuatro pares
de las boleras.
Mal fuego queme
la moda que hasta en eso
también se mete.

No bien hubo lanzado un suspiro *el Moreno*, que era la única respuesta que su afligido corazón podía dar a canciones y alegrías, la esposa del sastre entonó este canto con aire de tirana :

Dijo una niña a su padre,
porque la mandó coser :
menos coser, madre mía,
de todas labores sé.
¡ Cuántas niñas hay en este mundo
que presumen de todas labores,
y con esto escarmientan al bobo
que se casan con ellas sin dote !
Y el sastre hizo coro con su esposa para cantar el estribillo

Esta si que es tira-tirana,
ojo alerta, cuidado señores,
que aunque tengan las caras de plata,
muchas tienen las manos de cobre.

En esto, abrióse la puerta que custodiaba *el Moreno* y apareció Petra.

—¿Qué haces ahí?—preguntó a su novio.

—¡Qué he de hacer—repuso éste con amargura—. ¡Rabiar!

—Pues antes que muerdas, ve a ponerte en cura.

—A fuerza de tormentos, podrido y repodrido estoy.

Petra se llevó los dedos a la nariz con gesto burlón y repuso:

—Todo lo que se pudre, huele mal. ¡Conque vete a dar un paseo!

—¿Te estorbo?

—Algo parecido.

—Oye, Petra...

Pero la joven no le dejó seguir.

—Nada quiero oír. Todo lo que teníamos que hablar ya está hablado. ¿Para qué perder el tiempo? O me traes una orquesta completa,

como la que trajo a Juana su novio la víspera de San Juan o hazte cuenta que no dije nada cuando te prometí ser tu esposa. De modo que ya lo sabes. Si no traes la orquesta, no vuelvas a poner los pies en esta casa.

Y para evitar nuevas réplicas del *Moreno*, se metió en su casa y dió al novio con la puerta en las narices.

Hubo en el patio un silencio doloroso. *El Moreno* sentía que la angustia le ahogaba y permanecía inmóvil junto a aquella puerta que se le cerraba para siempre. Las vecinas que lavaban en la fuente cruzaron unas palabras compasivas. La mujer del sastre acercó su rostro al de su marido para decirle:

—¿Has visto?

—Sí; pero calla. Que no sospeche que lo hemos oído todo. Eso le entristecería más.

Y la esposa del sastre, para disimular mejor, volvió a entonar un aire de tirana, en tanto *el Moreno* cruzaba el patio en dirección a la calle.

Al amanecer, por seda
envió a su mujer un sastre,

y no la halló del color
hasta las tres de la tarde.
¡Qué dolor era ver a la sastra
por las lonjas, la plaza y las calles
con la muestra buscando una onza,
sin hallar quien le diera un adarme.

Y también esta vez el sastre se sumó a ella para cantar el estribillo.

Esta si que es tira-tirana,
esto si que son duros afanes;
buscar uno lo que le hace falta,
y no hallarlo por bien que lo pague.

Cuando ya *el Moreno* se había marchado y la mujer del sastre volvió a prestar atención al trabajo, se dió cuenta de que, distraída con la escena que se desarrollaba a la puerta de la casa de Petra, había cosido unos calzones a una chaqueta, tomándolos por una manga.

—Eso te pasa por curiosa—la reprendió el sastre.

Del número cinco salió en esto un alguacil y se enredó a platicar con los sastres. Casi en

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

seguida, entró en el patio una vieja profiriendo airadas protestas.

—Qué le pasa, tía Celestina—le preguntó el alguacil.

—Ese bribón de carnicero, que me ha puesto una libra de hueso en media de carne. ¿Cuándo está usted en el repeso?

—Mañana—contestó el alguacil.

—¿Me querrá usted ayudar en este trance?

—Vaya que la ayudaré. Usted venga al repeso tempranito y procure no olvidar el puesto donde ha hecho la compra.

—¿Olvidarlo? Toda la vida lo tendré grabado en la memoria.

Y la vieja se fué hacia la escalera, pues vivía en la buhardilla, y el alguacil se dirigió a la calle.

Cantaron las que lavaban en la fuente y se asomaron varios bordadores a la galería para requebrarlas.

Hubo después un silencio y en el patio apareció un personaje desconocido para los vecinos de «la Casa de Tócame Roque».

Era un oficial muy compuesto y gallardo dentro de su flamante uniforme.

—¡Doña Juana! ¡Doña Juanita!

Miraba a un lado y otro como tratando de orientarse. Era evidente que no había puesto jamás los pies en aquella casa.

Después de mucho vacilar, dirigióse a una de las que lavaban y le preguntó:

—¿El número diez?

—No sé de números señor,—repuso la interrogada con desconfianza.

Y entonces el oficial hizo la misma pregunta al sastre.

—¿Acaso busca usted a Juanita?—intervino la entrometida esposa.

—Sí, señora.

Pues con llamarla asunto concluído.

—¡No, por Dios! No de usted voces—suplicó el oficial, que parecía muy interesado en guardar el mayor secreto sobre su visita.

Pero ya la mujer del sastre había abierto la boca y gritaba a todo pulmón:

—¡Doña Juana! ¡¡Doña Juanita!!

Y en tanto el oficial, azorado, corría hacia la escalera, Juana salió a la galería.

—¿Quién me llama?

—Allá va un señor oficial que la busca.

Juana, también un poco azorada, contestó:

—¡Ah, sí! Ya sé quién es. El oficial amigo de mis tíos. Mi prima lo envía para que salgamos a dar un paseo todos juntos.

Y se metió con el oficial en la casa, en tanto los sastres comenzaban a murmurar.

—¿Qué te parece lo de la prima?

—Un embuste como una casa. Doña Juanita quiere ver si el oficial le conviene más que el sobrino del casero, y habla al mismo tiempo con los dos.

—Pues yo te digo que se quedará sin ninguno.

—Bien merecido lo tendrá. Esa mujer, en vez de corazón, tiene un talego para echar dinero.

—Esa es la vida: interés y vanidad.

Alguien, desde arriba, interrumpió el diálogo con una seguidilla y poco después entró en el patio la criada de una de las vecinas más rumbosas de «la Casa de Tócame Roque». La criada venía con un gran talego al hombro y echando pestes de su dueña por lo mucho que la hacía trabajar.

Las que lavaban, que no eran menos murmuradoras y curiosas que la mujer del sastre,

invitaron a la fámula a que se sentara con ellas para descansar un rato, diciéndose que así averiguarían muchas cosas de la rumbosa vecina, que las tenía intrigadas.

Tomó asiento la fámula sobre el talego, no de muy buen grado, porque temía que su ama se asomara y la viera, y comenzó a responder en voz baja a las preguntas que se le dirigían.

En este momento, entró otra de las vecinas. Era una vieja viuda gazmoña, de voz destemplada y estridente y que sólo miraba de reojo.

—El Señor conserve nuestros corazones en su santa paz—dijo en son de saludo, y añadió—: Roguemos también por que nos libre de los chismosos que nos la quieren perturbar.

Estuvo un momento hablando con los sastres y después se despidió de esta forma:

—Queden ustedes con Dios y que El les dé la paz que yo tengo, librándoles de las malas lenguas y de las gentes chismosas.

Y se dirigió hacia la escalera, pero algo la detuvo.

—¿Qué veo?—exclamó contemplando a la criada que platicaba junto a la fuente—. ¿No

eres tú la sirvienta de doña Sinforiana? A buen seguro que te estará esperando en tanto tú pierdes el tiempo en chácharas y murmuraciones.

Y, sin más preámbulos, levantó la cabeza y gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Doña Sinforiana! ¡Doña Sinforiana!

—¿Qué sucede?—preguntó ésta asomándose a la galería.

—Que aquí tiene usted a su criada chismorreando con estas vecinas y con los sastres.

—¿Pero qué dice esta vieja?—protestaron al unísono el sastre y su mujer.

—¡Maldita sea la... !—exclamó una de las que lavaban.

Y la criada gritó:

—¡Habráse visto mala sangre!

—¡Pero niña! ¿Qué estás diciendo? ¡Insultar así a una pobre anciana que sólo ama la paz!

Entretanto doña Sinforiana no cesaba de dar voces llamando a su criada y dirigiéndole las amenazas más terribles.

Y como los sastres seguían protestando de que se les hubiera mezclado en aquel asunto en el que no tenían arte ni parte y las otras dos

vecinas tampoco cesaban de vociferar, la viuda se llevó las manos a la cabeza y huyó hacia la puerta número tres, que era la de su casa, en tanto exclamaba :

—¡ Jesús, Jesús ! ¡ Esto no es para mí !

En esto apareció Juana con el oficial en lo alto de la escalera : Iba muy compuesta con lo mejor de su guardarropa, y su aparición calmó los ánimos, dejando en comedia lo que tenía visos de drama.

—Oiga usted, señor sastre—dijo la maja desde lo alto de la galería.

—Diga usted, doña Juanita.

—¿ Sabe usted si esta noche le da música a doña Petra *el Moreno*? ¿ A qué hora será y de cuántos instrumentos se compondrá la orquesta? Lo digo porque voy a salir y no quiero perder el espectáculo.

Y añadió en tono de burla :

—Supongo que se repartirán esquelas.

El sastre no sabía qué responder, pues si bien es verdad que doña Juanita era una de sus mejores clientes, su corazón se inclinaba del lado de Petra, por la que sentía verdadera simpatía.

Pero la misma Petra lo solucionó saliendo de su casa y respondiendo a las ironías de doña Juanita.

—Las esquelas sólo las usaré para invitar al entierro de cierta amiga.

—¿Acaso soy yo esa amiga?

—Acaso.

—Pues has de saber, vecina, que yo no quiero amistades con gente tan necesitada que ni para dar una fiesta en la víspera de su santo tiene.

—Yo en mi galán no quiero ruidos sino afectos.

—No sigas, Petra, que voy a caer redonda del pesar que tus palabras me causan.

—Cae y no temas, que con mi pañuelo te recogeré para que no se quiebre tu cuerpo de alfeñique.

—¿De alfeñique? No te engañes, hija, que entre el tuyo y el mío no hay dos onzas de diferencia en el peso.

—Pero el mío es oro puro.

—Pues dale un trocito a tu novio, que buena falta le hace.

Atraídas por las voces, cada vez más altas,

de las majas rivales, todos los vecinos se habían asomado a sus puertas y seguían con curiosidad creciente la discusión. La viuda que tan amante era de la paz se apresuró a acudir también al umbral de la puerta número tres, muy cerca de la cual estaba Petra.

La discusión había ido agriándose hasta el punto de que Juana exclamó:

—Espérate, que ahora bajo. Así nos entenderemos mejor.

—Doña Petra—exclamó entonces el sastre, erigiéndose en juez pacificador—, métase usted en casita, que hoy debe ser para usted día de alegría y de paz.

Pero la viuda gazmoña, protestó:

—¿A qué se mete usted en eso, amigo sastre? Si la provocan, bien ha de responder. El toro más manso salta cuando le clavan banderillas de fuego.

Y añadió dirigiéndose a Petra:

—Ya sabes, hija mía, que nadie es tan amante de la paz como yo, pero reconozco que hay momentos en que ni la lengua ni las uñas deben estar quietas, que para algo nos las dió Dios.

Y al ver que Juana ya estaba al pie de la escalera y se dirigía a Petra con aire de desafío, exclamó:

—¡Jesús, Jesús! ¿Cuándo me darás la paz que tanto deseo? Esto no es para mí. Me voy.

Y se metió en su casa, cerrando bien la puerta.

—Aquí estoy—dijo doña Juanita.

—Ya te veo—repuso Petra sin inmutarse—. ¿Qué quieres decirme?

—Que tu vecindad nos corrompe.

—¿Acaso huelo mal?

—Cuando menos, huele tu bolsillo, que de tan vacío está seco.

—Por mi voluntad es, que las onzas podían en él rebosar, pues has de saber, doña Juanita, que antes de que tú te mudaras en esta casa, me cortejaba el sobrino del casero.

Al llegar la conversación a este punto, el oficial, que no sabía adónde mirar, de tan azorado como estaba, decidió apartarse de aquel bullicio que le podía comprometer y se dirigió a la puerta de la calle.

Gracias a esto, las cosas no pasaron adelante, pues doña Juanita, por temor a perder al

oficial, dió por terminada la cuestión, exclamando:

—La culpa la tengo yo por mezclarme con vecinillas de dos al cuarto.

Y corrió tras el oficial, mientras en el patio estallaba un coro de protestas.

—¡ Nos ha llamado vecinillas !

—¡ No debemos consentir que se nos insulte !

—¡ Id tras ella !

—¡ Cogerla por los pelos !

Pero el sastre puso paz.

—¡ Calma ! Nada se adelantaría con ir ahora tras ella. ¿ No ha de volver ? Pues esperemos su vuelta, y pensemos entre tanto el castigo que se le debe dar.

Todos se mostraron muy conformes con las palabras del sastre y, dando por terminado el espectáculo, entraron en sus habitaciones respectivas.

Después de tanto bullicio, el patio quedó sumido en un silencio de muerte. El sastre dió a su mujer el trabajo, y los útiles, y le ordenó lo guardara todo en casa, dando por terminada la labor de aquel día.

—Me quedaré aquí descansando—dijo—.

¡Bendito sea Dios! ¡Qué día de ruido! ¡Por fin tendré un momento de paz!

Pero apenas había pronunciado estas palabras y su esposa desaparecido por la puerta, vió algo en la entrada del patio que le hizo dar un brinco sobre el asiento.

Allí estaba el sobrino del casero. ¿Vendría a decirle que o le pagaba todo lo que debía o le ponía de patitas en la calle?

Ya era tarde para esconderse en casa. Había que hacer frente a la situación.

—Buenas noches, señor sastre—dijo el recién llegado, acercándose a él y ocupando la silla que su mujer había dejado libre.

—¡Hola!—repuso el sastre, más muerto que vivo, y añadió con exagerada amabilidad—: ¡Tanto bueno por esta casa! ¿Y su señor tío?

—Tan gordo y bueno—repuso el interogado—. Y deben ustedes saber que esta casa ya es mía, porque me la ha cedido. De modo que ya no hay por qué temer el vencimiento de los meses, pues yo soy muy considerado y muy amigo de los amigos.

Casi se le saltaron las lágrimas al sastre de

alegría. ¡Y él que creía que iban a desahuciarlo!

—¡Viva nuestro nuevo casero!—exclamó.

Pero éste se llevó un dedo a los labios.

—Calle usted. Quiero darle a Juanita una sorpresa.

—¡A doña Juanita!—exclamó el sastre—, dándose cuenta al punto de lo que iba a suceder.

—Sí, hombre, sí; a doña Juanita, a mi novia. ¿Qué sucede?

—No... nada... Pues...—vaciló el sastre, comprendiendo el disgusto que iba a dar al casero.

—Algo pasa, amigo mío, y le ruego me diga toda la verdad.

—Ya que lo quiere usted, sea. Doña Juanita ha salido.

—¿Sola?

—No, señor. Muy bien acompañada.

—¿Por quién?

—Por un oficial muy arrogante.

—¡La muy infame! ¿Y a dónde han ido?

—De paseo. Se puso aquel tan rico jubón que yo mismo le cosí, la basquiña de muaré

con los dos flecos, la cofia de lujo y la mantilla de laberinto. En fin que se compuso como una reina, y le aseguro a usted que una reina de la hermosura parecía.

—¡Eso no es cierto! ¡Miente usted!—exclamó el casero fuera de sí.

—Crea usted que siento mucho haberle disgustado y...

—¡Silencio! No lo creo. Y ahora mismo le voy a demostrar a usted que miente.

Y echó a correr hacia la escalera, la subió en dos saltos y desapareció por la puerta número diez, en tanto el sastre se decía:

—Está visto que hoy no puede haber paz en esta casa.

* * *

Cuando salió *el Moreno* de «la Casa de Tócame Roque», su único pensamiento era encontrar el dinero necesario para dar a Petra un buen concierto.

Después de mucho cavilar y andar, quiso el azar depararle un amigo que se dedicaba a hacer préstamos.

El Moreno se fué hacia él.

—¿Me podrías prestar algún dinero? — le preguntó.

—¿Qué tienes para dejarme en garantía? —inquirió a su vez el amigo.

Como no estaba prevenido, *el Moreno* se halló en un compromiso para contestar. ¿Qué tenía él que pudiera servir de garantía al préstamo que necesitaba? A fuerza de pensar y buscar, pudo entregar al amigo la capa, el reloj y su juego de hebillas de plata.

Por todo esto le dió el prestamista una onza de oro y dos duros.

Ya se iba *el Moreno* tan contento con el dinero que había de servirle para satisfacer el capricho de Petra, cuando el amigo le retuvo para decirle que, además de la onza y los dos duros habría de darle un diez por ciento mensual y que si en el término de tres meses no había pagado la deuda, se quedaría él con el reloj, la capa y las hebillas.

Un tanto sorprendido quedó *el Moreno* de que un *buen* amigo le impusiera aquellas condiciones tan duras aprovechándose de su necesidad, pero su deseo de llegar cuanto antes

a casa de Petra para comunicarle la feliz noticia, le impidió tomar otra determinación que la de dirigirse a toda prisa a «la Casa de Tócame Roque».

Entretanto, el casero buscaba inútilmente a doña Juanita por el cuarto número diez, no logrando encontrar más que a la criada con la que estuvo hablando unos momentos. Después volvió a reunirse con el sastre y le dijo:

—Tenía usted razón. Se ha marchado.

—¿No le decía yo? ¿Y qué piensa usted hacer?

—Ahora sentarme.

Y se sentó en la misma silla que antes ocupaba.

—¿Y después?

—Después ya veremos. Dejemos que vuelva doña Juanita de su paseo.

En este instante llegó *el Moreno* y comenzó a dar alegres voces.

—¡Petra, Petra! Sal en seguida, que tengo una buena nueva que darte.

Salió la Petra.

—Venga esa noticia. Me pillas en un momento de buen humor y ha de agradarme.

—A buen seguro que te agradará, porque se trata de uno de los mayores prodigios que el amor haya podido hacer jamás.

—¿Qué es ello?

—¡Que ya tienes música! ¡Pide, pide cuantos instrumentos quieras!

—¿Acaso te has encontrado algún tesoro?

—Sí.

—¿Dónde?

—En medio de la calle.

—¿En alguna boca de alcantarilla?

—No. En los bolsillos de un amigo.

—¿Y cuántos millones son?

—Una onza de oro y dos duros.

Y como estaba viendo que Petra no le creía, sacó el dinero y se lo mostró.

—¡Helo aquí!

Y Petra quedó tan asombrada, que no acertó a pronunciar palabras.

El casero, que había seguido con curiosidad la escena, tomó parte en la conversación.

—Pero ¡qué malportado vienes, *Moreno*! ¿Qué ha sido de tu capa?

—Por usted me veo en estos trabajos—repuso *el Moreno*.

—¿Por mí?

—Sí, por usted.

—No lo entiendo.

—Escuche y se lo explicaré todo. Antes, Petra tenía un genio tan dulce, era tan sumisa y tan mansa, que con razón me jactaba yo de haber dado con la mejor esposa del Mundo y anhelaba llegase el día de unirme a ella en matrimonio, seguro de que tal enlace significaba para mí la mayor felicidad. Pero llegó la víspera de San Juan, dió usted a su novia aquel magnífico concierto, y esto fué bastante para que a Petra se le encasquetara que yo le diese otro igual, y como no tenía dinero y le dije que no me sería posible complacerla, el manso cordero se convirtió en toro de Mercadillo y me echó de su lado y me dijo que no quería saber de mí como no viniera acompañado de una docena de instrumentos.

—Inoportuna fué, en verdad, mi serenata— dijo el casero.

—Pero ya se arregló todo, señor mío—continuó *el Moreno*—. Ya tenemos música. Y si me ve usted tan mal portado, es porque la capa, así como el reloj y un juego de hebillas

de plata, me ha servido para que un amigo me prestara una onza y dos duros sobre dichas prendas y objetos, sin tener que abonarle más réditos que un diez por ciento mensual.

—¡Excelente amigo! — exclamó irónicamente el sastre.

—En efecto—convino el casero—yo tengo la culpa de lo ocurrido. Y como soy yo el culpable, debo purgarlo. De modo que ve al punto por tu capa, por tu reloj y por tus hebillas.

—¿Que devuelva este dinero? ¿que deje yo sin música a mi Petra? Usted, señor, no me conoce.

Entonces sucedió algo inusitado. Petra, el toro de Mercadillo, asió al *Moreno* dulcemente por un brazo y exclamó:

—Sí, *Moreno*. Ve por tus cosas y váyase al diablo la música. Con orquesta o sin orquesta, tuyo es mi corazón. Ya no puedo seguir disimulando. Me cegó el coraje un momento, pero lo mismo te quería antes, que te quiero ahora y que esta tarde, cuando te dí con la puerta en las narices. Me hubiera gustado tener música para hacer rabiar a esa mala péco-

ra de doña Juanita, pero si has de sacrificarte, prefiero quedarme sin orquesta.

Muy profundo gozo causaron al *Moreno* estas palabras, pero el casero no le dejó responder.

—¿Quién habla de suprimir la música? Amigo *Moreno*, ve por tus cosas, que yo daré a Petra, en nombre tuyo, concierto, baile, refresco y cena.

—Lo agradezco mucho, pero no puedo aceptar.

—¿Por qué?

—Porque no quiero deber nada a nadie, y menos por cuestión tan delicada.

—El que debe soy yo y por eso pago. Conozco tu honradez y la respeto. De modo que acepta lo que te ofrece, sin rédito ni interés ninguno, un amigo de verdad.

Ante palabras tan razonables, *el Moreno* preguntó a Petra.

—¿Qué me aconsejas tú?

—Que obedezcas.

—¿Y usted, señor sastre?

—Que vayas sin tardanza a recuperar lo tuyo.

—Me voy, pues.

—Pero no tardes—dijo el casero.

—Voy y vuelvo en un santiamén... Adiós, Petra. Adiós, amigos míos.

Y salió de estampía, más contento que unas pascuas.

—Comencemos a preparar las cosas—dijo entonces el casero.

Y llamó a uno de los vecinos, al que siempre utilizaba para los recados y le envió por faroles, por el refresco, por la cena y por la música.

En este momento, salieron de la buhardilla un hombre y una mujer, ambos ciegos y muy míseramente trajeados. El llevaba un violín debajo del brazo y ella una pandereta. Cuando llegaron al patio por la escalerilla del rincón y el casero vió que se dirigían a la puerta de la calle, les detuvo.

—¿Adónde vais?

—A la plaza, a ver si ganamos unos cuartos—repuso la ciega.

—¿Y lleváis alguna canción nueva?

—Vaya que sí—dijo el ciego—llevamos una

satirilla que para esta noche viene que ni pintada.

—¿La queréis cantar, pagando lo que sea?

—Es usted el sobrino del casero.

—Lo era antes. Ahora soy el casero mismo.

—¿Entonces que habla usted de pagar? Tocaremos todo cuando usted quiera, y de balde.

—¡Ya lo creo!—convino la ciega—. Oído al pandero.

Y comenzaron a cantar, acompañándose con la pandereta y el violín:

De San Juan en las noches
y de San Pedro,
no hace mal a las damas
nunca el sereno.
Ni a los galanes
que andan como unos tontos
por esas calles,
sudando con pretexto
de refrescarse.
Y allá en el río
alternan las puñadas
y los respingos

De San Juan en las noches...

entre las manolillas
y manolillos.

Una vieja una noche
de las presentes,
se enamoró en la plaza
de un petimetre.
Llegó y le dijo
por entre las varillas
del abanico:
¿dónde va usted a paseo
caballerito?
Y él, que era chusco,
haciéndola el reclamo
con disimulo,
la llevó hasta Vallecas
y escurrió el bulto.

Aplaudieron todos los presentes y el casero, llevándose la mano al bolsillo, dió a los ciegos un puñado de monedas.

—Tomad y que la suerte os acompañe.

—Muchas gracias, señor.

—Buen principio hemos tenido.

Y se fueron, lanzando este pregón:

—¿Quién manda rezar los chistes de la noche de San Pedro?

Llegaron mozos con faroles, manjares y botellas en grandes cestas. Llegó también *el Moreno*. Se llamó a todas las puertas y en el patio se reunió toda la vecindad.

—Señores—dijo el casero—, esta noche habrá gran fiesta. Tendremos música, cena, refresco y danza. Conque a alegrarse todo el mundo. Todo se debe al *Moreno*, que quiere festejar a Petra en el día de su santo. Aquí están los faroles para adornar el patio, aquí están los refrescos y esta es la cena. ¡Todo el mundo a trabajar!

No bien hubo terminado el casero de pronunciar estas palabras, se promovió una alegre algarabía en el patio. Se sacaron sillas y mesas. Se colgaron los faroles. Y ya estaba todo dispuesto, cuando se oyó una voz que dijo:

—¡Doña Juanita viene!

Todos guardaron silencio y concentraron sus miradas en el traicionado novio.

—No puede llegar en momento más oportu-

no—dijo éste—. Señores, atended, que lo que oigáis puede seros provechoso.

Entró doña Juanita. Al ver el patio tan adornado y animado, preguntó disimulando su rabia con la zumba.

—¿Qué milagro ha sido este?

—Todo se debe al *Moreno*—repuso el dueño de la casa.

Doña Juanita, que no había visto a su novio ni esperaba verlo en casa aquel día, sobresaltóse al oír su voz y, muy turbada, dijo:

—¿Qué haces aquí?... no sabía...—titubeó.

—Esperaba a que volvieras del paseo. Pero me extraña verte tan sola. No es tu costumbre ir de paseo sin compañía.

Doña Juanita, empalideció.

—¿Ya te han calentado los cascos estas chismosas?

Al oír el insulto, veinte cuerpos femeninos avanzaron hacia doña Juanita con propósitos poco tranquilizadores y veinte bocas se abrieron para protestar de la ofensa.

Pero el casero tuvo energía bastante para contenerlas.

—¡ Silencio y calma ! Ha de hablar uno sólo y ese uno voy a ser yo.

—¡ Atención ! ¡ Habla el casero !—dijo el sastre.

Y en medio de un silencio solemne, el casero comenzó a decir, dirigiéndose a doña Juanita :

—Ya sabes, amiga mía, que lo que empezó en cortejo casual, se torció por el buen camino del matrimonio y nuestra boda estaba ya concertada. Supe esta tarde que tu tío se había marchado a Toledo y vine a ofrecerte mis cuidados asiduos mientras estuvieras sola. Pero he aquí que me enteré de que ni estabas en casa ni estabas sola, sino acompañada de un gallardo oficial y de paseo sabe Dios dónde. Como en un principio no lo creyera, subí a preguntar a la criada, y por el azoramiento de ésta comprendí que era verdad lo que me habían dicho. Traté de sonsacarle, y, para hacerlo con el necesario disimulo, fingí no sospechar nada y pedí jovialmente a la moza un papel de fumar. Ella me dió varios, y he aquí por dónde los papeles me revelaron todo lo que quería saber. En ellos había escritas con lápiz frases amorosas de dos

caballeros que dejaban entrever tenían tu consentimiento para cortejarte. Así pues, contemos los dos de los papeles y el oficial, tres; y yo, cuatro. Mucha gente para mí. Por lo tanto, se rompió nuestro convenio. Nada hay entre nosotros. Y si te mudaras de esta casa, mejor. Así, me evitarás contárselo todo a tu tío cuando vuelva de Toledo.

Echaban fuego los ojos de doña Juanita. La rabia de verse descubierta le hacía enclavijar los dedos hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos.

Pero el casero, sin inmutarse, se volvió hacia los vecinos y añadió:

—Inquilinos de mi casa: había destinado mil duros a los gastos de la boda con esta niña, pero como he sido advertido a tiempo para no emplearlos tan mal, quiero darles mejor destino. Todos sois pobres. Entre las mujeres, las que sois solteras no os podéis casar por carecer de lo más indispensable, y las que sois casadas estáis agobiadas de empeños. Entre los hombres, ninguno sois maestros en vuestras artes y oficios, porque no tenéis para compraros los útiles o libros que os hacen falta.

Pues bien, los mil duros que había de gastarme en la boda los repartiré entre vosotros, dando la mejor parte al *Moreno*, que es el amo de la fiesta. Mañana se hará el reparto.

Al oír estas palabras, uno de los vecinos gritó:

—¡ Viva nuestro bienhechor !

Y todos a coro, respondieron.

—¡ ¡ Viva ! !

En aquel momento entraron los músicos que se habían enviado a buscar.

—¡ Aquí están los músicos !

—¡ Viva la música !

—¡ Viva la alegría !

Estos y otros gritos semejantes atronaron el espacio de tal modo, que dijérase que la casa se venía abajo.

El casero hizo grandes esfuerzos para restablecer la calma, y, cuando lo hubo logrado, propuso:

—¿ Qué, les parece a ustedes un poco de baile para abrir el apetito?

La idea pareció a todos excelente. Se improvisó al punto un tinglado para la orquesta, ocuparon los músicos sus puestos y la danza

comenzó, sembrando, junto a la música y los cantos, la alegría en «la Casa de Tócame Roque».

Petra y *el Moreno* bailaban emparejados, en tanto el casero lo hacía solo, pero muy contento y dando gracias a Dios de no tener por pareja a la Juana.

En cuanto a ésta, furiosa de verse despreciada por todos, se había encerrado en casa y estaba escondida en el último rincón para no oír el bullicio de la gran fiesta que se daba a su feliz rival.

Y la noche de San Pedro fué para todas muy dichosa, excepto para la falsa Juana, en «la Casa de Tócame Roque».

—

BIBLIOTEKA MUZEUM
GÓRNOŚLĄSKIEGO

LAS CASTAÑERAS PICADAS

—¡ Gordas y calientes !

La que este grito había lanzado era una de las castañeras más pintorescas de Madrid. Llamábase Estefanía, pero todo el mundo la conocía por *La Pintosilla*. Era muy joven y gentil, y acaso fuera esta la causa de que el negocio le produjera tan pingües beneficios, pues no pasaba minuto sin que alguien se acercara a comprarle, especialmente gente joven que aprovechaba la ocasión para dirigirle unos cuantos chicoleos.

Además de linda, era honesta a carta cabal, lo cual quedaba perfectamente demostrado por el hecho de que teniendo ya el dinero suficiente para dejar su trabajo de castañera, siguiera firme en su puesto, sólo porque la indolencia le causaba horror.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Tenía su puesto en una esquina de los barrios bajos de Madrid, pero no por hallarse tan distante del centro dejaban de visitarlo señorones y petimetres, los cuales, por cierto, solían marcharse más que de prisa cuando *La Pintosilla* respondía con alguna de las suyas a sus indiscretos galanteos.

En la acera de enfrente había una taberna y, junto a su puerta, otro puesto de castañas cuidado por *el tío Mojiganga,* mozo de esquina, que tenía allí mismo su sitio.

No es que el puesto fuera de él. La dueña del negocio era una joven llamada Geroma, pero conocida por el nombre de *La Temeraria,* la cual, por tener en aquel momento otros quehaceres, había dejado el puesto al cuidado del *tío Mojiganga.*

Era éste un hombre de edad madura que se ganaba difícilmente la vida con su oficio, pues sabido es que para ciertos menesteres se suele preferir a la gente joven.

Felizmente, *La Temeraria* tenía depositada gran confianza en él y siempre que había de ausentarse, lo cual sucedía con mucha frecuencia, dejaba el puesto al *tío Mojiganga,* pagán-

dole por estos servicios lo suficiente para que el buen hombre pudiera alternar dignamente con sus camaradas y se tomara una copa si se lo pedía el cuerpo.

Al lado de la taberna había una casa de buen aspecto, habitada por don Sisebuto y sus hijas. Don Sisebuto era un comerciante que, a fuerza de astucia y de suerte, había conseguido enriquecerse. Por eso sus dos hijas, aunque eran bastante feíllas las desdichadas, tenían muchos aspirantes a sus blancas manos.

Precisamente ahora se paseaban dos de ellos por la acera donde *La Pintosilla* tenía su puesto de castañas. Pero estos dos eran algo más que simples pretendientes, pues habían declarado su amor a las muchachas y éstas se dejaban querer, llevando su consentimiento al punto de dejarlos entrar en casa cuando don Sisebuto estaba ausente.

Uno de los novios llamábase Luis y el otro Felipe. Iban bien trajeados y ambos eran altos y bien parecidos.

—¡ Gordas y calentitas !—volvió a pregonar la gentil castañera.

Y en este momento se acercó a ella un mozo

de esquina bastante más joven que *el tío Mojiganga*.

—¿Cuántas castañas das por un cuarto?—preguntó el mozo.

—Si poco es el dinero, pocas serán las castañas—repuso *La Pintosilla*.

—El año pasado daban ocho.

—¡Ocho!—exclamó la castañera irónicamente—. ¡Jesús qué pocas! Yo doy diez y seis.

—Pues dame un cuarto.

Y le entregó la moneda.

—¡Ahí van! Pon las manos—dijo la castañera tendiendo las suyas y entregando al comprador la mercancía.

—¡Cinco nada más!—exclamó el mozo—. Me has dicho que me darías diez y seis.

—Las once restantes quedan por mi buena cara.

—Aquí no hay cara que valga. Toma las cinco castañas y venga acá el cuarto.

—¿De veras se había creído el señor que le iba a dar diez y seis castañas por un cuarto? ¡Ni que las robáramos, hijo!

Devolvió el cuarto, recobró sus cinco casta-

ñas y el mozo se fué murmurando, en tanto *La Pintosilla* le dirigía palabras burlonas.

Iba a meterse el despechado cliente en la taberna para ahogar su indignación en vino, cuando *el tío Mojiganga* le llamó.

—Ven aquí, compañero, que yo doy nueve.

—¿Da usted nueve?

—Sí, cuatro sanas y cinco podridas.

—Pues la dueña de ese puesto me las da todas buenas.

—Y yo también, hombre. Ven aquí. Todo ha sido una broma.

El cliente se acercó y compró el cuarto de castañas.

—Si quiere usted echar—dijo después—una carta al buzón de la panza, entre conmigo a la taberna.

—No, gracias. No puedo moverme de aquí hasta que venga el ama.

—¿Adónde ha ido *La Temeraria*?

—¿Lo sabes tú? Pues yo tampoco.

—¿Qué? ¿No se decide a echar un trago?

—No, gracias.

—Pues entonces, me voy yo.

—Que te haga buen provecho.

Después del mozo vino una niña, y después un sacristán, y en seguida dos costureras. Todas compraron castañas a *La Pintosilla* y desaparecieron, cada una por donde había venido.

Otros clientes acudieron al comercio de la gentil castañera, y la mayoría de ellos, que eran varones de la clase social más humilde, entraban después en la taberna a hacer pasar las castañas que se les atrancaban en el gaznate.

Los novios de las vecinas detuviéronse de pronto y cruzaron estas palabras.

—¿Vamos a comprar castañas, Luis?

—Vamos, Felipe.

Y éste, seguido por su compañero, se acercó al puesto de *La Pintosilla*.

—¿Cuántas castañas das por un duro?

—Jamás he visto tanta plata junta.

—¿Y oro?

—Menos.

—Pues entonces...

—Entonces pueden ustedes marcharse enhoramala, que ni estoy yo aquí para perder el tiempo, ni quiero cuestiones con las vecinas

—¿Cuántas castañas das por un duro?

de enfrente, no fueran a creer que trataba de quitarles el cortejo.

—Es verdad, Felipe—díjole confidencialmente Luis—. Vámonos, no sea que se asomen y nos vean.

—Como asomarse—dijo *La Pintosilla*—no se asomarán, que está el padre en casa, y usías saben mejor que yo el celo con que guarda su caudal.

—Su caudal sí, pero sus hijas...

—Todo es una misma cosa, ya que a ellas ha de ir a parar el dinero de don Sisebuto. De no ser así, no creo que estarían ustedes desgastando en esta calle la suela de sus zapatos.

Y como *La Pintosilla* hablaba cada vez más fuerte, los galanes se apresuraron a pasar a la otra acera, diciéndose que, ni aunque regalara la mercancía, volverían a acercarse al puesto de la irascible castañera.

El tío Mojiganga, que no había quitado ojo ni oído de la escena, se acercó entonces a *La Pintosilla.*

—¿Te han comprado?

—No.

—Ni les des el género si no te pagan por adelantado.

—¿Por qué?

—Porque suelen mostrar un duro para comprar dos cuartos de castañas, y como es difícil que tengamos cambio, se las llevan fiadas, no volviéndose a acordar de la deuda.

—¿Eso le han hecho a usted?

—Sí.

—¿Y qué aguarda para reclamar?

—¿A un señor con capa de grana y que lleva dos relojes, porque yo los he visto, reclamarle unos cuartos un pobre mozo de esquina como yo?

—No tan pobre, que tienes el cargo de apoderado de *La Temeraria*

—A mucha honra.

—Por cierto que tarda en volver. ¿Le habrá ocurrido algo?

—Vete a saber. Para mí que anda en busca de *Gorito*.

—Aprendiz de carpintero y dueño de su corazón.

—Y tan dueño—comentó *el tío Mojiganga*

tristemente—. Es una verdadera chifladura la que tiene por él.

—Parece que está usted celoso del aprendiz.

—¡Qué tontería!

En este tono platicaban cuando, dando vuelta a la esquina, apareció *La Temeraria*, la cual se detuvo para contemplarlos.

Era una mujer menos joven y fina que *La Pintosilla*, pero que en hermosura y guapeza la aventajaba. Iba vestida de maja y la mantilla le caía graciosamente sobre los hombros. Era alta, fornida y morena. En el barrio se la temía y se la admiraba al mismo tiempo.

—¿Qué hace aquel puesto solo?—preguntó cachazudamente.

La Pintosilla levantó la cabeza y *el tío Mojiganga* se volvió.

Este se quedó más muerto que vivo. Aquella comenzó a soplar el fuego con el fuelle, sin sentir ni frío ni calor.

La Temeraria repitió la pregunta:

—¿Qué hace aquel puesto solo?

—Ahora mismo lo acababa de dejar—repuso temerosamente *el tío Mojiganga*.

—¿Y con qué objeto... si es que puede saberse?

—Quise decir a *La Pintosilla* una cosa en confianza.

—No sabía que fuera usted visita de la señora.

—Es que...

—Menos disculpas y vuelva usted a su puesto.

—No se le pegará nada malo—dijo *La Pintosilla*.

—Ni bueno tampoco.

—Acaso estando en tu puesto llegue a gran duque.

—¿Me provocas? Pues te vas a quedar con las ganas de oírme la voz. En este momento no tengo ganas de riñas.

—Avisa cuando las tengas, y procura señalar una hora en que esté libre, pues no por dártelas a ti voy a dejar a otra sin bofetadas.

—¿Pero qué es eso, *Pintosilla*? Has reparado en la mujer que tienes delante?

—¡Vaya que sí! A Geroma *La Temeraria*, por mal nombre y peor lengua, castañera de

oficio, como una servidora, sólo que tú eres de taberna y yo soy de casa formal.

—Pero yo soy de número y estoy matriculada en el gremio, en tanto tú eres supernumeraria y estás expuesta a que el dueño de esa casa formal te eche a puntapiés de su puerta.

—¿A mí a puntapiés? Geroma, no estás buena del caletre. Ni en Madrid ni en el mundo entero hay nadie capaz de usar de los pies con esta servidora. Y si lo deseas, te lo probaré ahora mismo.

—¡Cuidado! No eches mano de la navaja, porque me obligarás a hacer uso de mis armas de fuego.

—¿Cuáles?

—Mis ojos. Pues una mirada mía hace más estragos que cuatro pistolas juntas.

—¡Jesús, que horror! Aparta de aquí, Geroma, que con tus ojos me estás quemando las castañas.

—¿Es que tienes miedo?

—Sí. A un alguacil que viene a lo lejos. ¿No le ves?

Volvióse *La Temeraria* y al ver que en efec-

to un alguacil llegaba en aquella dirección pasó en dos saltos a la acera de enfrente y ocupó su puesto, haciendo levantar al *tío Mojiganga*.

Y tanto ella como *La Pintosilla*, que hacía un instante estaban a punto de hacer una de las sonadas, adoptaron una actitud de inocentes colegialas.

Y para que el disimulo fuera más completo, *La Pintosilla* se arrancó por seguidillas.

A bailar el bolero
y asar castañas,
apuesto en todo el orbe
con la más guapa
donde yo campo
ninguna campa,
a bailar el bolero
y asar castañas.
Cuando yo bailo,
ellas mueren de envidia
y ellos de pasmo.

Llegó el alguacil y se detuvo un momento en medio de la calle, contemplando alternativamente a una y otra castañera. Soplaba *La*

Temeraria el fuego con cara de novicia y *La Pintosilla* cantaba a media voz inocentes y alegres tonadas. Don Dimas, sin embargo—que así se llamaba el alguacil—las miraba con recelo, y no les quitó ojo hasta que desapareció por la puerta de la casa de don Sisebuto, el poderoso ricachón.

A los pocos momentos, asomáronse las hijas de éste a la ventana y miraron a un lado y a otro.

En el acto comparecieron los cortejadores y, acercándose a la reja, comenzaron a dialogar con las niñas en voz baja.

Ni *La Temeraria* ni *La Pintosilla* alzaron los ojos del asador, por miedo a que de súbito reapareciera don Dimas, pero no por eso perdieron detalle de la escena amorosa que se desarrollaba junto a la ventana.

Y como tenían puestos los cinco sentidos en los enamorados, no vieron que por la esquina apareció un nuevo personaje que interesaba mucho a Geroma.

Este personaje era *Gorito*, el aprendiz de carpintero que sorbía el seso a *La Temeraria*. Se rumoreaba que la carpintería donde pres-

taba sus servicios pertenecía a una matrona de buen ver, a pesar de su edad madura, que se llamaba Javiera, y se añadía que dicha señora estaba tan pirrada por *Gorito* como *La Temeraria* y que el muchacho, considerando que la carpintería de su propiedad era una de las más importantes de Madrid, no sólo se dejaba querer, sino que había dado a su dueña palabra de matrimonio.

Sin embargo, *Gorito* continuaba en relaciones con *La Temeraria,* y si de doña Javiera iba a sacar tajada, de la castañera la estaba sacando, pues tan pirrada la tenía, que le hacía tantos regalos como días tiene el mes y gran parte de lo que ganaba en el puesto pasaba al bolsillo del afortunado aprendiz.

Sin duda alguna, *Gorito* era un héroe, pues engañar así a *La Temeraria* era estar expuesto a perecer de un momento a otro de una muerte cruel.

Gorito, como siempre, venía muy bien compuesto y trajeado. Era muy garboso y se comprendía que destrozara con tanta facilidad los corazones femeninos.

Con paso lento y chulón se dirigió al puesto de *La Temeraria* y preguntó con sorna:

—¿Me das dos cuartos de castañas?

Al oír la voz querida y conocida, la castañera, que estaba aún absorta en lo que ocurría junto a la ventana, sobresaltóse.

Gorito rió alegremente, muy satisfecho de lo bien que le había salido la broma. Pero pronto cambió la expresión de su semblante. *La Temeraria* no le dirigía la mirada de pasión con que acostumbraba a recibirle, sino que le contemplaba con iracunda gravedad.

—Para usted no hay ya nada en este puesto—repuso despectivamente.

—¿Qué sucede, Geroma?

—Que lo sé todo y que... en fin, no tengo ganas de hablar. De modo que agur, que me espanta la clientela.

—¿Irme de aquí? No lo haré hasta que sepa quién ha sido el canalla envidioso que de mí te ha hablado mal.

—Pues perderás el tiempo.

—No me irrites, Geroma, que ya me conoces.

—Por eso que te conozco te envío a tu car-

pintería a cumplir con tu maestra, pues si a mí todavía no me has dado palabra de matrimonio, con ella ya estás comprometido.

—¡Quisiera encontrar al embustero que te ha ido con esos chismes para arrancarle delante de ti la lengua!

—¡Ea, basta de farsas! Nadie me ha venido con chismes, sino que yo misma he ido esta tarde a enterarme de todo.

—¿Y tienes pruebas?

—Sobradas.

Vaciló *Gorito*, comprendiendo que seguir negando era necio e inútil, pero reaccionó en seguida y echó mano de las armas de la adulación con desparpajo que se confundía con el cinismo.

—Sea como fuere, yo te aseguro que en este corazón sólo Geroma ha conseguido entrar y que no hay en Madrid ni en el mundo entero mujer capaz de curarme de esta chifladura.

Y siguió volcando flores, requiebros y promesas en los oídos de *La Temeraria*.

Pero con ello no logró sino exasperar más aún a su «víctima», la cual cortó el discurso por la frase más galana.

—¿Es cierto que me quieres más que a tu maestra?

—Y más que a la luz de mis ojos.

—Entonces, todo puede arreglarse.

—¡Naturalmente!—exclamó *Gorito* con aire triunfal.

—Algún dinerillo tengo y para ti ha de ser, porque te quiero, pero como a mí me gusta hacer los tratos con toda clase de formalidades, mañana mismo nos casaremos.

Gorito dió un salto.

—¡¡Eh??

—¿De qué te asustas? ¿No dices que me quieres?

—Claro que sí... pero... vamos que... Comprende mi sorpresa. Una boda así, de sopetón, no puede resultar.

—Tú, en cambio, me estás resultando un grandísimo sinvergüenza.

Viendo que la situación se volvía a agriar, *Gorito* trató de disculparse.

—Entiéndeme. No es que me asuste la idea de casarme contigo. Es que mañana estaré muy cansado, porque esta noche celebra su

santo mi maestra y estaré muy atareado y me acostaré muy tarde.

—¿Conque tenemos fiesta esta noche?

—Una fiestecilla inocente.

—Pues mira, esas son las que me gustan a mí. De modo que no te extrañe que vaya cuando la inocencia sea mayor.

En este momento, el alguacil volvió a salir de la casa donde había entrado y al ver a *Gorito* le llamó.

—¡Eh, muchacho!

Gorito se apresuró a acudir a la llamada.

—Mándeme usted, don Dimas.

—¿Es cosa tuya esa moza?

—¿*La Temeraria*?

—Sí.

—Pues, de usted para mí, le diré que en parte sí y en parte no.

—Lo decía para que la avisaras de que tanto ella como la castañera de enfrente están denunciadas.

—¡Caramba! ¿por qué?

—Pues por escandalosas. Y como el denunciante es hombre de fuerza, si no abandonan

sus puestos, es muy posible que se los hagan abandonar para llevarlas a la cárcel.

—¡Cáspita! ¡Eso es grave!

—De modo que avisa tú a Geroma, en tanto yo doy la noticia a su compañera.

Y ambos se dirigieron a las castañeras y las pusieron al corriente de lo que había.

Allí fué Troya. *La Temeraria* y *La Pintosilla*, rivales siempre, se asociaron ahora en la defensa.

—¿Has oído, *Pintosilla*? El tal don Sisebuto, marqués del fardo a cuestas, nos ha denunciado por escandalosas.

—Y por algunas cosillas más—dijo don Dimas.

—¿Cuáles?

—Dice también que estafan al público, dando mal género.

—¡Eso es falso!

—Además, pregúntele a él como se ha enriquecido.

—Pero su denuncia—prosiguió el alguacil—se basa principalmente en que entretenéis a todo el que pasa con conversaciones que hieren los castos oídos de sus hijas.

—¡Pobrecillas!—exclamó irónicamente Geroma—. ¡Tan cándidas como son! ¡Ellas que todo lo más que hacen es pasarse el día de chácara con sus galanes en la reja, y darles dinero que a buen seguro proviene del arca de su padre, y metérselos en casa cuando don Sisebuto está ausente!...

—¡Ojo con lo que se dice, porque hay que hacerlo bueno!—advirtió don Dimas.

—¡Vaya si lo haré! ¡Y pondré por testigo a todo el barrio!

Y en este tono siguieron los clamores y protestas.

A los gritos, salió don Sisebuto y exclamó, dirigiéndose a don Dimas.

—¿No le decía yo?

—También nosotras decimos—replicó agriamente *La Temeraria*.

—Y demostramos—añadió *La Pintosilla*.

—¿Qué pueden decir de mí estas mujerucas?

Aprovechando el bullicio, *Gorito* se escabulló. Así podría llegar a tiempo a casa de su ama, que ya le estaba esperando y se evitaba

el tener que comparecer, a lo mejor, como testigo, ante los jueces.

Seguían protestando las castañeras y vociferando don Sisebuto, por lo que en la calle se armó tal algarabía, que los vecinos comenzaron a salir a puertas y balcones.

—¡ Todo el mundo silencio !—gritó don Dimas decidido a imponer a toda costa su autoridad—. Sepa usted, don Sisebuto, que también estas mujeres se quejan de sus hijas y les hacen algunos cargos que he de comprobar.

—¡ Cargos a mis hijas ! ¡ En mi casa no hay que hacer ninguna indagación !

—La Justicia, don Sisebuto, ha de obrar siempre con conocimiento de causa.

Y, encarándose con *el tío Mojiganga*, le ordenó :

—Quedan embargados los puestos de las castañeras y usted se encargará de su custodia hasta mañana. De modo que éntrelos en la taberna y ya veremos qué se hace de ellos. Todo el mundo a obedecer en seguida. Y el que se rebele habrá de acompañarme en el acto en calidad de detenido. Ustedes, doña Geroma y doña Estefanía, a casita que es tarde.

En cuanto a usted, don Sisebuto, acompáñeme a su casa. Van a comenzar en seguida las indagaciones.

Y como todo el mundo obedeció sin rechistar, la calle quedó sumida en completo silencio.

* * *

En casa de doña Javiera reinaba mucha agitación. Se había puesto velas en las cornucopias y el mozo Domingo no cesaba de entrar sillas y taburetes que una criada iba arreglando. Todo denotaba un gusto chabacano de persona de baja condición con dinero. Las cortinas eran de colores chillones y del techo pendía una lámpara de madera, hecha en la misma carpintería de la dueña de la casa.

Domingo, el mozo, era el mismo que poco antes había estado en el puesto de *La Pintosilla*, concluyendo por comprar al *tío Mojiganga* y entrando después en la taberna.

Domingo no había ido al puesto de Geroma sólo por comprar castañas sino que era un enviado de doña Javiera, la cual también quería averiguar si eran ciertos los rumores que

corrían sobre las relaciones de *Gorito* con *La Temeraria*.

Las indagaciones de Domingo no habían sido vanas. Por eso apenas vió a doña Javiera, la llamó aparte para comunicarle lo que había averiguado.

Por la dueña de la taberna en que había estado bebiendo, por el esposo de ésta y por algunas personas de crédito que allí estaban de tertulia, habíase enterado de que *Gorito* era, en efecto, el majo de la Geroma y de que el traje nuevo que llevaba habíaselo comprado ella, desde las hebillas de plata y las medias de seda hasta la magnífica capa con galón. De boda parece ser que nada habían hablado todavía.

Todo esto explicó Domingo a doña Javiera, la cual experimentó la consiguiente pesadumbre, pues quería a *Gorito* muy de veras.

Doña Javiera, que era viuda desde hacía tan sólo dos meses, se creyó en el caso de colgar al difunto el sambenito de su pesar y entre los sollozos que el desvío de *Gorito* le hacía lanzar, intercalaba el nombre de su esposo.

Así, cuando los invitados a la fiesta comenzaron a llegar, se sorprendieron de que tan de súbito asaltara a doña Javiera el recuerdo de su marido, pues, no hacía más que veinticuatro horas, estaba dispuesta a casarse con *Gorito*, lo que denotaba que bien olvidado tenía ya a su esposo.

Llegó *La Pintosilla*, en compañía de su novio, que por cierto la quería muy honradamente y que no hacía sino suplicarle dejara el puesto de castañas, para casarse con él y vivir en paz.

Al ver a doña Javiera lloriqueando, en seguida comprendió *La Pintosilla* la causa de aquel pesar.

—¿Qué te sucede, Javiera?—le preguntó.

Y una vecina repuso por ella:

—Llora la memoria de su adorado esposo.

—¡Ca, no es eso!

—¿Qué sabes tú lo que pasa dentro de mí? —replicó vivamente doña Javiera.

—Sé más de lo que tú crees.

—¿Qué sabes tú?

La escena fué interrumpida por la entrada de un personaje. Y este personaje era *Gorito*,

—¿De dónde vienes, sinvergüenza?

el cual venía tan acicalado como siempre y más animoso que de costumbre pues confiaba en que la fiesta le reportaría algo bueno.

Apenas entró, comenzó a dar voces con el desparpajo del que se halla en casa propia.

—¿Todavía no han venido los músicos? ¿Está todo preparado para el baile? ¡Buenas noches, señores! ¡Tanto bueno por esta casa!

Pero, de pronto, oyó una voz a sus espaldas que le decía agriamente:

—¿De dónde vienes sinvergüenza?

La que así había hablado era la dueña de la casa. *Gorito,* comprendiendo el fondo de la pregunta, contestó un tanto turbado:

—De allá... de dar un paseo.

—¿Con *La Temeraria*? Basta ya de disimulos, infame. Lo sé todo. ¿Quién te ha regalado el traje que llevas y todas las joyas que tienes?

—Ya se lo he dicho otras veces: mi tío.

—¿Conque tu tío, eh?

—Sí, señora; mi tío el de...

—Basta. Ya te he dicho que lo sé todo. Lo que llevas y lo que tienes es regalo de la castañera con quien me traicionas.

—¡Alto ahí!—exclamó *Gorito* con firmeza—. ¡Por lo de la traición no paso!

—¿Entonces por qué se muestra tan generosa contigo? ¿Te haría tanto regalo si no le hubieras prometido lo que también a mí me prometiste?

—Nadie podrá probarme que he hecho a *La Temeraria* ninguna promesa.

—Pero bien aceptas los regalos.

—Eso sí.

—Por algo será.

—Por algo que voy a explicar a usted al punto. Y a todos ustedes, señores, que, como personas sensatas, me darán la razón.

Y con franqueza rayana en el cinismo, explicó:

—Usted, mi adorada maestra, todo es prometer... Que si tiene un arca y dos cofres llenos de ricos vestidos que han de ser para mí. Que si las hermosas joyas con que su marido deslumbraba a las gentes pasarán pronto a mi poder. Que si tiene tanto y cuanto y todo me pertenecerá. Pero pasan los días y las promesas siguen siendo promesas. Tanto es así, que si no me las hubiera ingeniado para obtener por

otra parte lo que un hombre de mi clase necesita, a estas horas iría hecho un vagabundo. ¿Y estaría bien que tal pareciera el que públicamente es el futuro esposo de doña Javiera? No por mí, sino por usted, he hecho yo lo que he hecho, pues no es lo mismo que la gente diga: «Mira, allá va el pillete que va a casarse con doña Javiera», que esto otro: «Mirad, ahí va el majo del barrio, futuro y digno esposo de doña Javiera». Ahora mediten ustedes sobre lo que he dicho y respondan. ¿Tengo razón o no la tengo?

—Para tu maestra—repuso *La Pintosilla*—a buen seguro la tendrás. Pero haz la misma pregunta a *La Temeraria*, a ver qué te responde.

La maestra, a quien las palabras de *Gorito* habían conseguido persuadir, repuso por él:

—Nada tiene que preguntar ya a *La Temeraria* y todo se arreglará satisfactoriamente. Si de dar se trata, no habrá otra tan rumbosa como yo... Toma, Ceferina—dijo a una vecina de su confianza—. Aquí tienes las llaves de todo. Tú quedas de ama de casa. Recibe a los invitados y que comience el baile cuando te parezca.

—¿Adónde vas tú?

—Allá dentro, a preparar un golpe que asombre a España entera... Tú, *Gorito,* ven conmigo.

Y se fueron.

En aquel instante llegaron los músicos, y como los invitados mostraran deseos de baidar, Ceferina dió orden de que empezara la danza.

No bien había comenzado, cuando llegaron dos parejas que son del lector bien conocidas.

Se trata de las hijas de don Sisebuto y de sus novios. Estos eran amigos de doña Javiera y estaban invitados a la fiesta por ella misma. Por eso aquella tarde hubo tanto movimiento en la ventana cercana al puesto de Geroma. Los galanes habían hablado a las muchachas de la fiesta, y ellas se habían empeñado en acompañarles, pero sin que don Sisebuto se enterara, claro es.

Convinieron en hacer salir de casa al padre después de la cena para que no volviese hasta después de haber ellas regresado. Todo estaba arreglado ya, cuando se presentó un inesperado contratiempo. A los pocos momen-

tos de haber salido de casa, don Sisebuto volvió, acompañado de don Dimas y comenzaron a hacer las preguntas sobre sus galanes. Sucedió esto después de embargados los puestos de las castañeras y a raíz de las quejas de La *Pintosilla* y *La Temeraria* sobre lo que a espaldas de su padre hacían las «escandalizadas» vecinas.

Estas, naturalmente, rechazaron con energía los cargos que se le imputaban, asegurando que no conocían a los aludidos galanes y que jamás se habían asomado a la ventana con otra intención que la de tomar un rato el fresco.

Entre las castañeras y las hijas de don Sisebuto, que como charlatanas no tenían que envidiar nada a aquéllas, acabó el buen don Dimas tan aturdido que, considerándose impotente para aclarar el enredo, decidió que el asunto pasara a las autoridades superiores.

Y he aquí por dónde esta determinación dió la apetecida solución a las muchachas. Don Dimas se hizo acompañar de don Sisebuto para hacer la denuncia con las debidas formalidades y las niñas quedaron solas en casa y en libertad de salir y entrar a su placer.

Asomáronse, pues, a la ventana, llamaron a los novios y, arreglándose en un santiamén, se dirigieron con ellos al baile, donde fueron recibidos y cumplimentados por Ceferina.

Pero aun faltaba alguien en la fiesta... alguien que, por cierto, no tardó en llegar.

Estaba el baile en todo su apogeo, cuando apareció *el tío Mojiganga*, muy elegante con su traje nuevo.

Al verle, todo el mundo sospechó que algo desagradable iba a ocurrir, pues nadie ignoraba lo inseparable que el mozo de esquina era de Geroma, *La Temeraria*.

Suspendióse por un momento el baile y *el Mojiganga* preguntó:

—¿Está aquí el señor *Gorito*?

—¿Qué quiere usted de él?—preguntó Ceferina.

—Vengo con un recado de Geroma *La Temeraria* para la dueña de aquí.

—La dueña de aquí soy yo—dijo doña Javiera saliendo.

—Pues a usted le digo que mi ama manda que salga *Gorito*. Y añade que si no sale, entrará ella por él.

Contra lo que se esperaba, doña Javiera repuso amablemente:

—Dígale usted a su dueña que me honrará mucho si quiere entrar en esta casa y tomar parte en la fiesta.

La Temeraria, que todo lo oía desde la puerta, no se hizo repetir la invitación y entró, al mismo tiempo que preguntaba en tono poco apacible:

—¿Dónde está ese descamisado?

—¿Descamisado? Eso acaso fuera antes, cuando trataba con usted—replicó doña Javiera — que ahora ha cambiado mucho — y, acercándose a la puerta del corredor, llamó. —¡Don Gregorio, salga usted a que le vean los invitados!

Al punto apareció *Gorito* vestido con las mejores galas del difunto esposo de doña Javiera. Bien hizo la maestra en llamarle don Gregorio, pues vestido así, estaba hecho todo un señorón.

—Señoras, a vuestros pies. Beso a ustedes las manos, señores. Mucho me place que hayan venido a honrar «mi» casa.

—¿Tu casa?—exclamó Geroma fuera de

sí—. Ahora veremos qué queda de ella, de tu maestra, de ti y de todos los invitados.

Y se abalanzó sobre *Gorito*, armándose la consiguiente algarabía, pues todos los invitados se apresuraron a sujetar a Geroma.

Y quiso el azar que don Dimas y don Sisebuto pasaran por allí en aquel instante, llegando a oídos de ambos la gritería.

El alguacil, cumpliendo con su deber, entró a poner paz.

—¿Qué gritos son éstos? ¡Atención a la autoridad o termina la fiesta en la cárcel!

Se hizo de pronto un silencio absoluto, y don Dimas, reparando en *La Temeraria* y en *La Pintosilla*, exclamó:

—¡Ahora lo comprendo todo! Estando aquí las castañeras, ¿cómo es posible que haya paz?

—¿Y no ha reparado don Dimas—dijo Geroma—que tampoco faltan en la fiesta las hijas de don Sisebuto y sus galanes?

De piedra quedó don Sisebuto al oír esto. Después montó en cólera y, descubriendo a sus hijas que trataban de ocultarse detrás de un grupo de señoras obesas, se fué hacia ellas con gesto de feroz amenaza.

Comenzaron las muchachas a lanzar gritos, comenzó don Sisebuto a proferir amenazas y volvió a armarse la de Dios es Cristo en casa de doña Javiera.

De nuevo hubo de intervenir don Dimas enérgicamente:

—¡Silencio todo el mundo! Usted ahí quieto, don Sisebuto. Y ustedes, jovencitas, y ustedes, don Luis y don Felipe, vengan acá.

Y preguntó a los novios:

—¿Ustedes festejan a estas dos damitas de buena fe?

—De muy buena—dijo don Luis.

—Ofendiéndolas a ellas, nos ofenderíamos a nosotros mismos—aseguró don Felipe.

—¿Y qué aguardan para formalizar las cosas?

—Mañana mismo pensábamos hablar con don Sisebuto para ver de arreglar las bodas.

—¿Qué dice usted a eso, don Sisebuto?—preguntó don Dimas.

—Que siendo así... En fin, mañana hablaremos del asunto. ¿No es eso, señores míos?

—Eso mismo, don Sisebuto—dijo don Luis.

Pues ahí va mi mano de amigo.

—¡Gracias a Dios! ¡Todo quedó al fin arreglado!

Y ya volvía la alegría a los rostros de los invitados y de nuevo los músicos se preparaban para que continuara el baile, cuando se oyó que una voz decía:

—Aun queda algo por arreglar.

Era *La Temeraria* la que había hablado, y don Dimas le preguntó:

—¿Qué tienes tú que decir?

—Muy poca cosa. Algo que he estado pensando, mientras arreglaba usted el asunto de estas niñas.

—Todos te escuchamos.

Y Geroma prosiguió, dirigiéndose a *Gorito*:

—Yo gustaba de usted cuando era un muchacho de mi gracia y de mi clase; pero ahora que le veo con librea y esas galas de señorón rancio, celebro que doña Javiera se lo lleve y me lo quite, pues así me evita el tener que enviarle enhoramala.

—Gracias, Geroma—dijo doña Javiera—. Esto que usted desprecia porque ya no se parece al majo que usted busca, lo tomo yo porque es el marido que deseo.

—¿Está ya todo arreglado?—preguntó don Dimas.

—No, aun falta una cosa—dijo la maestra.

Y acercándose a la puerta del pasillo, llamó a la criada, la cual compareció en seguida con una gran bandeja en la que se veía el traje que antes llevaba *Gorito* y, sobre las ropas, algunas alhajas.

—¿Qué es eso?—preguntó don Dimas.

—Todo lo que Geroma ha regalado a *Gorito*—repuso doña Javiera—pues mi futuro esposo ha resuelto no deber nada a nadie más que a mí. De modo, Geroma, que ahí tiene usted lo que es suyo. Yo sólo me quedo con lo que es mío.

—Pues que sea para bien—dijo *La Temeraria*, y cogiendo todo lo que había en la bandeja se lo entregó al *tío Mojiganga*, al mismo tiempo que decía—: Suyo es.

El tío Mojiganga hizo un gesto de sorpresa y de alegría.

—¿Todo eso es para mí?

—Todo.

—¿Y me permite usted que me lo ponga en seguida?

—Usted es el dueño y puede hacer con ello lo que quiera.

Saltando de gozo, y después de pedir permiso a doña Javiera pasó a una habitación, de la que salió poco después con todas las galas y joyas encima.

—¿Nos vamos a lucirnos, doña Geroma?

—No—repuso ésta—, que estamos invitados y debemos corresponder a la fineza aceptando.

—Eso es—dijo doña Javiera—. Y que todo sea paz y alegría.

—¿Cuánto durará esta paz, Dios mío?—exclamó don Dimas.

Y ya iba a marcharse con don Sisebuto, cuando la dueña de la casa los detuvo a los dos para suplicarles les acompañaran en el refresco.

Y se quedaron.

Volvió a sonar la música. Estalló una algarabía de aplausos y de vítores.

Pero esta vez don Dimas no trató de restablecer la calma. Hay agitaciones compatibles con el orden y con la paz.

LA PRESUMIDA BURLADA

Una calle de Madrid. Por la acera iba don Gil Pascual, pensativo y cabizbajo.

Don Gil Pascual era un hidalgo conocido en todo Madrid y por todos querido. Había realizado el milagro de ser, al mismo tiempo que un gran señor, persona llana. Por eso tenía la estimación del modesto menestral al mismo tiempo que el afecto del altivo cortesano.

¿Cómo es posible, pues, que don Gil Pascual estuviera apesadumbrado? Si tenía dinero en abundancia, salud completa, conciencia tranquila y el afecto y la solicitud de todos, ¿qué podía motivar su tribulación?

—¡Amigo Gil!

—¡Hola, mi buen Carlos!

Fué un encuentro feliz. Don Gil y don Carlos eran grandes amigos. Se conocían desde

la niñez. Don Carlos había estado ausente de Madrid algún tiempo, y he aquí que el mismo día de su llegada y cuando precisamente se dirigía a casa de don Gil para saludarle, se lo tropieza en el camino.

Se abrazaron. Don Carlos explicó brevemente sus andanzas por el extranjero, y acabó preguntando:

—¿Y qué ha sido de tu vida durante mi ausencia? Te encuentro abatido. No eres el alegre Gil Pascual de siempre. Hasta más viejo estás.

—Amigo mío—confesó don Gil—han cambiado mucho las cosas desde que te fuiste.

—¿Acaso te has arruinado? ¿Es que estás enfermo?

—Algo peor.

—¡Peor! Habla pronto. ¿Qué te sucede?

—Que me he casado.

—Ya lo estabas cuando partí.

—Pero la de ahora es otra esposa muy distinta.

—¿Cómo se entiende?

—Aquella murió. Estuve algún tiempo solo, llorándola. Después comprendí que un hogar

sin mujer es como una silla coja. No tenía hijos ni parientes que me acompañaran en mi dolor. En suma, que me volví a casar.

—¿Con quién?

—¡Con el demonio!

Don Carlos pegó un brinco.

—¡Cáspita! ¿Acaso es el rabo lo que te ha enamorado?

—Si fuera tan discreta como bien parecida, otro gallo me cantara.

—¿Y quién es? ¿La conozco yo?

—Sí. ¿Te acuerdas de aquella joven de Cuacos que entró en mi casa a servir a poco de casarme?

—¿Aquella muchacha tan trabajadora y prudente a la que todos estimábamos por su buen comportamiento?

—Sí.

—¿Aquella que era conocida por el nombre de *Mariquita Estropajo*?

—La misma.

—En verdad que no me explico cómo un hidalgo de tu condición ha podido casarse con una sirvienta.

—Eso es lo de menos, amigo Carlos. Fuera

una mujer cabal, y no me importaría la diferencia de clases.

—¿Pues no era honesta, discreta y hacendosa?

—Lo era, pero no lo es.

—¿Y cuándo fué el cambio?

—El día mismo de la boda.

—¡Pobre Gil! ¡A tus años, haber caído en semejante celada!...

—No caí, amigo Carlos. Fuí yo el culpable de todo. Yo determiné casarme, pero no con ella. Me lancé a buscar esposa y quiso el azar que me tropezara sólo con mujeres ligeras y vanas. María conocía mis gustos y la casa. Era sencilla, trabajadora, discreta, además de hermosa y agradable. Un día me hice esta pregunta: «¿A qué ir a buscar fuera lo que tengo en casa?» Y creí ingenuamente que, como sucede con frecuencia, no había visto lo que buscaba por tenerlo demasiado cerca de los ojos. Le insinué mis proyectos. ¡Qué sorpresa la suya! Desde entonces redobló sus solicitudes para conmigo, y de tal modo hizo gala de sus virtudes, que no vacilé en hacer público el proyecto. Aun fué mejor su comportamiento

desde entonces y adelanté la boda. Nunca lo hiciera. Apenas se vió elevada a la categoría de señora, la paloma humilde se convirtió en águila presuntuosa. Como esas personas que de pobres, pasan a ricos en pocos días y sólo se preocupan de hacer ostentación de su riqueza, María sólo piensa en demostrar que es la esposa y no la sierva de don Gil, que es señora y no criada. A los criados, sus compañeros de antes, los trata ahora con tal dureza, que todos piensan marcharse. En todo el día no hace nada de provecho. Jamás ha reinado en la casa tanto desorden. No entra en la cocina, porque dice que el humo la hace toser. No vigila a los criados cuando hacen la limpieza, porque el polvo le va a los ojos. No cose por no estropearse las uñas. Una desdicha, amigo mío. He tratado de aconsejarla, pero se pone furiosa y me contesta: «Te olvidas de que soy la señora y no la criada». Esta frase la repite cien veces al día. ¡Si al menos supiera ser señora! ¡Pero qué señorío el suyo! Cree que cuando más alhajas se ponga, más aspecto de señora tendrá, y no puede mover los dedos de tantas sortijas como

lleva, y cuando anda y comienzan a sonar todos sus collares y brazaletes, arma tal ruido, que parece un preso, arrastrando sus cadenas. Se pasa el día ante el espejo y se pone un vestido cada hora. Dos claves me hizo que le comprara y ha contratado a las mejores maestras de baile y canto.

—¿Y tú por qué consientes tanta insensatez? Debes imponerte.

—Sería una guerra continua y un nuevo motivo para la murmuración de la gente. Prefiero esperar a ver si con maña evito lo que con fuerza no lograría sino empeorar.

—¿Acaso tienes algún plan?

—Por ahora ninguno.

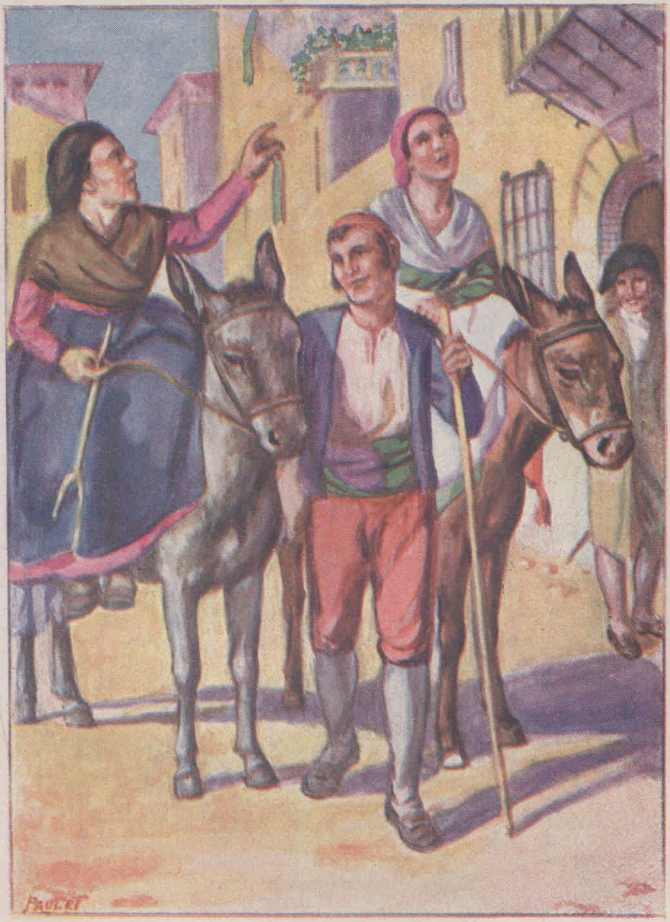
—Pues discurramos. Yo te ayudaré.

Y, hablando y cavilando, comenzaron a pasear por las calles de Madrid.

* * *

También por las calles de la Corte iban la tía María y Tonilla, acompañadas de Colás Morado.

Por los trajes y por el embobamiento con



La tía María y Tonilla montaban...

que todo lo miraban, veíase a la legua que eran aldeanos llegados a Madrid por primera vez.

La tía María y Tonilla montaban un borrico cada una y Colás iba a pie, conduciendo a las bestias.

A cada dos por tres, de los labios de Tonilla o de su madre, pues madre de la joven era la tía María, brotaba una exclamación de asombro, que hacía reír a los transeúntes.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Mire usted qué casa tan alta!

—Corramos, hija, no nos vaya a caer encima. ¡Arre, burro!

Pero Colás, que había estado otras veces en Madrid y se las daba de entendido, sonreía burlonamente.

—No tengan ustedes miedo, que antes se hundirá el mundo que caer una de estas casas.

—¿Y cómo podrán subir hasta allá arriba para poner las tejas?

—¡Con escaleras, mujer! ¿Cómo quiere usted que suban?

—Mira, Tonilla—exclamó de súbito la madre al entrar en una calle empedrada—. Algún

carro que llevaba piedras se ha volcado aquí y se han quedado los cantos clavados en la tierra.

—¿Y no los pueden arrancar?—preguntó Tonilla.

—¡Vaya que sí!—repuso Colás Morado.

—¿Con unas tenazas?—preguntó la tía María.

—¡Já, já! ¡Con unas tenazas! Lo que tiene no haber salido nunca del pueblo—exclamó Colás.

—¿Pues cómo?

—Empujando por bajo, mujer. De otra forma no podrían.

—Y se pueden meter las personas debajo de la tierra.

—¡Claro que sí!

—¿Por dónde?

—Por las alcantarillas.

—¿Oyes, madre?

—Sí, hija, sí. En Madrid anda suelto el demonio.

Estos y otros comentarios parecidos iban haciendo al lento paso de los borricos, cuando la tía María exclamó:

—¿Pero cuándo vamos a llegar? ¡Estamos más de dos horas dando vueltas!

—Es que no encuentro la calle—dijo Colás.

—Pues pregunte.

—No me gusta preguntar cuando sé las cosas.

—Mire usted. Allí vienen dos caballeros que deben de ser, ministros por lo menos. Pregúnteles y ellos nos encaminarán.

Los dos caballeros no eran otros que don Gil y don Carlos, los cuales seguían cavilando inútilmente para dar con el modo de solucionar el conflicto en que don Gil Pascual se hallaba.

Después de mucho rogarle, Colás Morado se decidió a preguntarles y, saliéndoles al encuentro y sujetando a ambos borricos por las orejas, dijo:

—Dios guarde a ustedes, señores.

Don Gil y don Carlos, al ver el cuadro que los paletos ofrecían, hubieron de hacer grandes esfuerzos para no prorrumpir en carcajadas.

—¿Qué se les ofrece?—preguntó don Gil.

—Pues... verá usted. Vamos buscando a

un señor muy principal que vive en este barrio y no damos con la casa.

—¿Cuál es el nombre de ese señor?

—Don Gil Pascual de Chinchilla—dijo Colás.

Muy sorprendido de la coincidencia, don Gil manifestó:

—Están ustedes hablando con él.

—¡Eh!

—Que ese don Gil soy yo.

Al oír estas palabras, la tía María se apeó del borrico de un salto y, abalanzándose sobre don Gil, exclamó:

—¡Hijo de mi alma!

Y echó los brazos al cuello del hidalgo, estrechándolo con tanta pasión, que por poco lo ahoga.

Después se volvió hacia su hija, que también se había apeado del pollino, y exclamó:

—¡Tonilla, mira tu hermano! ¡Abrázale, mujer!

Y, mientras le abrazaba, la tía María atronaba la calle con sus gritos.

—¡Jesús qué guapo es! ¿Verdad, Tonilla?

¡ Y no está tan viejo como nos habían dicho !... Colás, saluda a tu pariente.

Y Colás se mostró también muy afectuoso con don Gil.

A todo esto, los caballeros estaban tan asombrados, que no acertaban a pronunciar palabra. Al fin, don Gil Pascual se rehizo y manifestó :

—Agradezco mucho los agasajos de ustedes, pero... no les conozco.

—¿ Qué te parece, Tonilla? Dice que no nos conoce. ¡ Ven a los brazos de tu madre, picarón !

—¡ Qué salero tiene ! — exclamó Tonilla mientras le daba un pellizco que hizo dar un salto a don Gil.

—¡ Ea ! ¡ basta de bromas ! — dijo éste—. Digan ustedes quiénes son y qué desean.

—¡ Bueno, hombre, bueno ! No te enfades. Ahora mismo te lo vamos a decir... ¿ Conoces a Mariquita Martín?

—¿ Cómo no la he de conocer si es mi esposa?

—Pues si tú eres su esposo, yo soy su madre.

—Y yo su hermana.

—Y yo su pariente.

—¿De modo—preguntó don Gil, cada vez más aturdido—que usted es la madre de María, la que entró hace seis años de sirvienta en mi casa y hace un mes se casó conmigo?

—Y yo su hermana—volvió a decir Tonilla.

—Y yo su pariente—repitió Colás.

—Pues me alegro mucho de conocerles. ¿Y qué? ¿piensan ustedes estar mucho tiempo aquí?

—Unos mesecitos—dijo Colás.

—¿Y dónde se van ustedes a alojar?

—¡Qué gracioso!—vociferó la tía María—. Pues en tu casa, que es la nuestra.

—¡Válgame Dios!—exclamó don Gil, al mismo tiempo que se llevaba las manos a la cabeza.

—¡Pobrecito de mi alma!—dijo la tía María—. La alegría le ha conmovido.

—Pues aun se va a alegrar mucho más cuando vea los regalos—aseguró Tonilla.

—Enséñaselos, hija mía.

Y Tonilla mostró a don Gil una cesta de mantecados y un par de medias.

—Las medias son para Mariquita—explicó —y los mantecados para todos.

Don Gil contemplaba con perplejidad lo que Tonilla le enseñaba.

—Echalos al Pardo a pacer—le dijo confidencialmente don Carlos—. ¡Valientes pelmazos te han caído encima!

Pero don Gil profirió un grito de júbilo que sobresaltó incluso a los pollinos.

—¿No buscábamos un plan?—dijo sin cuidarse de que la familia de su esposa le oyera, porque no podía comprenderle—. ¡Pues ya lo tengo! ¡Vamos todos a casa!

—¡Vamos! ¡Vamos!—gritaron los paletos alegremente.

Y, todos juntos, se dirigieron hacia el domicilio de don Gil.

* * *

Mariquita Estropajo iba aquella tarde más engalanada y enjoyada aún que de costumbre, pues era día de recibo y esperaba varias visitas.

Tantas alhajas llevaba encima, que apenas

podía con el peso de ellas, y tan planchada iba, que ni siquiera se podía sentar.

La casa ofrecía también un aspecto de lo más ridículo. De todas partes pendían cortinajes y colgaduras. Las paredes desaparecían detrás de apretadas filas de cuadros. Lo mismo que respecto de las joyas *Mariquita Estropajo* consideraba que si un cuadro o una cortina eran signo de elegancia y distinción, mucho más lo serían veinte. Por eso en algunas puertas había varios cortinajes uno sobre otro.

Como estaba nerviosa, como siempre que había de recibir visitas, se desahogaba con las criados e iba de un lado a otro dando gritos.

De pronto, sonó la campanilla de la puerta, *Mariquita Estropajo* exclamó :

—¡ Ahí está mi maestro de canto ! Id a abrir. Le conozco en el modo de llamar.

Mientras iban a abrirle, la señora de don Gil Pascual se dió unos toquecitos en el vestido y en el peinado, con objeto de que el maestro no dudara un instante que estaba ante una señora.

—Ya estaba impaciente, señor maestro—

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

dijo cuando éste entró—. Hoy me habéis hecho esperar más de la cuenta.

El maestro, que era también un hombre presuntuoso y ridículo, aunque mucho más culto que doña María, pues descendía de familia de hidalgos, contestó con voz meliflua:

—No ha sido gusto mío el haceros esperar. Lejos de eso, anhelaba ardientemente hallarme ante vos, pues entre mis múltiples discípulos, la mayoría de los cuales pertenece al sexo bello, ninguna tan bella y distinguida como vos.

—Beso a usted la mano—dijo doña María, que no sabía muy bien cuándo se debía usar de este cumplido.

—Y yo a vos los pies, esos pies blancos como azucenas, pequeños como capullos y perfumados como lirios.

—¡Jesús, cuántas flores!

—Muchas más os merecéis. Todas a vuestro lado parecen pálidas y mustias. La floresta pletórica, y el valle glauco, y el mar de ópalo y las aves níveas ¿qué son comparados con vuestro rostro?

—Me conmovéis, maestro gentil.

—¿Y qué decir de vuestra distinción?

—¿De verdad os parezco distinguida?

—Como una reina.

—No me extraña. Soy de familia de hidalgos. Mi abuelo tenía un castillo y mi abuela tenía entrada en palacio. Si el caudal menguó y me vi tan pobre que tuve que trabajar para vivir, la sangre azul sigue corriendo por mis venas.

—No sabía que fuerais de familia tan ilustre.

—Ilustrísima.

—Entonces, vuestra madre...

—Mi madre vive en lo que le resta de sus haciendas. A pesar de su relativa pobreza, demuestra en todo momento que es una dama de calidad.

—Viéndoos a vos, ya se advierte que vuestra madre ha de ser distinguida.

—¿Vamos a la lección?

—Vamos.

Y cuando el maestro estuvo sentado ante el clave, doña María suplicó:

—Decidme las cosas en italiano, que es un idioma muy distinguido.

—Pues vamos a comenzar. *Soto voce e poi da capo.*

—*Ritornelo*—replicó doña María, sin saber lo que la palabra quería decir.

E inmediatamente, el maestro atacó una graciosa tocata y doña *Mariquita Estropajo* comenzó a cantar con voz tan destemplada, que todos los gatos de la vecindad huyeron despavoridos.

Terminado el canto, comenzaron a llegar las visitas. Eran en su mayoría petimetres y damas a las que el nombre de señora venía ancho.

Saludos y cortesías. *Mariquita Estropajo* ofrecía a los visitantes la mano izquierda, porque era la más cargada de alhajas y aprovechó la primera ocasión propicia para hablar de lo elevado de su cuna.

Estaba diciendo que su madre entraba en Palacio como en su propia casa y que su hermana iba a casarse con un gran duque, cuando entró don Carlos.

—Señora—dijo a María—, vengo a daros la enhorabuena por el himeneo que acabo de saber por vuestro esposo, mi antiguo amigo.

—¿Habéis visto a mi esposo?

—Ahora mismo.

—¿Y dónde le habéis dejado?

—Con unos parientes vuestros que acaban de llegar de fuera.

Doña María se puso tan roja como una granada. Fatal coincidencia. Precisamente cuando estaba hablando de su familia, llegaba ésta a demostrar a los invitados que eran todos unos paletos y no grandes duques y amigos del Rey como ella había dicho.

—¡Con unos parientes míos! — exclamó cada vez más turbada.

—Sí: vuestra madre, vuestra hermana y un primo. Ahora mismo vienen.

—¿Aquí?

—Arden en deseos de veros.

—Pues se van a llevar un buen chasco. Yo no quiero parientes en mi casa. ¡Váyanse al diablo con su fortuna!

—Me parece haberos oído decir que eran pobres—deslizó uno de los caballeros presentes.

—Pero ya sabéis, amigo mío, lo que es la pobreza de los que han sido siempre millona-

rios. El palacio que mi madre tiene es tan grande como Madrid. Ninguno de mis parientes tiene menos de doscientos lacayos.

—¿Ves?—dijo en voz baja una señora a su esposo—. Eso que se murmuraba que era de linaje pobre.

—Ya se sabe lo que es la murmuración.

En este momento, entró un criado en la sala y dijo:

—Señora, ahí hay una buena mujer que, si no la atajo, se cuela como Pedro por su casa.

—¿Te ha dicho su nombre?

—Sí, señora. Se llama María Martín.

Al oír el nombre de su madre, estuvo María a punto de desvanecerse.

—Dile que vuelva otro día.

Y mientras el criado se iba a dar el recado, María explicó a sus amigos:

—Es una vieja a quien hago frecuentemente limosnas.

Pero en seguida reapareció el criado con nuevas noticias.

—Dice que quiere entrar, porque es su madre de usted y tiene grandes deseos de darle un abrazo.

—¡Qué gracia! — exclamó María—. Dice que es mi madre porque me dió de mamar algunas veces cuando nací.

No había concluído aún de lanzar el embuste cuando la anciana paleta, que todo lo había oído, entró en la sala llorando.

La seguían Tonilla, Colás y don Gil.

—¿Es posible, hija mía, que niegues a tu madre?—exclamó la anciana amargamente.

Y como también Tonilla y Colás lloraban, don Gil, sinceramente conmovido, exclamó:

—Nunca creyera, María, que hasta ahí pudiera llegar tu loca vanidad. Todo lo he consentido hasta ahora. He callado siempre. Pero por esto no paso. Venga usted a mis brazos, madre, que si ha perdido una hija, un buen hijo ha encontrado.

Algo pasó de pronto por el corazón de María. Al ver a su madre tan desconsolada por su culpa, ante la dura lección de su noble esposo, que, siendo hidalgo de verdad no se avergonzaba de llamar en público madre a una campesina, la luz se hizo en su alma y en su pensamiento, y arrojó los brazos al cuello de la persona que le había dado el ser.

Al mismo tiempo, derramaba lágrimas de arrepentimiento y le pedía perdón.

El amargo llanto de la madre se convirtió en llanto de alegría y lo mismo sucedió a Tonilla cuando María la abrazó llamándola hermana.

Como los invitados adolecían del mismo defecto que María, a todos sirvió de lección lo sucedido. Ni uno sólo de los presentes pudo contener las lágrimas.

—¿Te servirá esta lección para siempre?— preguntó don Gil a María.

—Nunca la olvidaré, esposo mío. Se acabaron las locuras y las vanidades. Fuera las joyas. Concluyeron las fiestas y las lecciones de canto. Y para probarte que estoy de verdad arrepentida, te suplico que mi familia no salga ya de esta casa.

—Concedido — dijo don Gil alegremente. Bendita sea nuestra madre que a mí me ha devuelto la felicidad y a ti el corazón y la cordura. Ya no saldrá tu familia de esta casa y yo cuidaré de educarlos y pulirlos para ajustarlos a nuestra posición.

—¡Viva don Gil!—gritó uno de los invitados.

—¡Viva!—corearon todos.

—Para celebrar el acontecimiento, invito a todos a comer—dijo don Gil.

Y los vivas se repitieron cuando los invitados se dirigieron al comedor.

EL BUÑUELO (*)

En la calle Ancha de Avapiés vivía una frutera llamada Pepa y una lavandera llamada Curra. Esta tenía un hermano cuyo sobrenombre era *Pizpierno* y aquélla otro apodado *Roñas*. Y *Roñas* era el novio de Curra y *Pizpierno* novio de Pepa.

Estos personajes no sólo estaban unidos por este doble lazo, sino que también por afinidades de temperamento.

Pizpierno y *Roñas* se consideraban los más valientes de Madrid y Pepa y Curra tenían atemorizadas a todas las mujeres de la vecindad, pues por menos de nada le arrancaban a una el moño y, si se terciaba, las narices.

Pizpierno y *Roñas* llevaban siempre encima

(*) Esta obra fué escrita por Ramón de la Cruz para ridiculizar cierto género teatral que a la sazón trató de invadir España.

una navaja más larga que su brazo y por un quítame allá esas pajas echaban mano de ella, sembrando el pánico a su alrededor.

Tanto el uno como el otro era su hermana lo que más querían en el mundo, y nadie se atrevía a causar a las majas la menor molestia, porque al punto requerían el arma sus respectivos hermanos y se lanzaban a una furiosa venganza.

En uno de sus frecuentes altercados, unos valientes plantaron cara a *Roñas* y a *Pizpierno* y se armó una algarabía de mil demonios, de la que todos salieron con pinchazos y rasguños.

La autoridad les echó mano y los enviaron a presidio con el consiguiente dolor de Pepa y de Curra.

Mientras duró el castigo, ninguna de las dos dejaba de enviar continuamente ayuda al hermano y promesas de amor al novio. El dolor estrechó los lazos de amistad de tal modo entre Pepa y Curra, que se consideraban como hermanas, aunque todavía no se habían casado con el *Pizpierno* y con el *Roñas*.

Durante la ausencia de los novios, Pepa y

Pepa y Curra que como bellas y bien plantadas...

Curra, que como bellas y bien plantadas no tenían rival, viéronse acosadas por majos y petimetres, pero ambas permanecieron fieles al hermano de la amiga.

Entre los despechados pretendientes, figuraba uno apodado *el Mudo* que se había enamorado de las dos y por las dos había sido rechazado.

El Mudo, que jamás había recibido una negativa de labios de mujer y se jactaba de ello, indignóse de tal modo ante el doble fracaso, que sólo se preocupaba de buscar el modo de hacer mal a Curra y a Pepa.

Entre éstas todo era paz, pero como tanto en una como en otra hervía sangre de pendencia, llegó el fatal momento en que el lazo de cordialidad se rompió.

Era la noche de los Difuntos. Como de costumbre, reuniéronse, para celebrar la fiesta, varias vecinas en casa de una de ellas, la más anciana y respetada del barrio. Había vino, castañas y buñuelos. Estos estaban en un gran cesto sobre la mesa, alrededor de la cual se sentaron las vecinas, y entre todos ellos re-

saltaba uno por su tamaño colosal. Era, sin duda, el rey de la cesta.

Había echado el ojo la Curra a este buñuelo y, como era caprichosa, cuando llegó la hora de dar gusto al paladar, tendió la mano hacia él.

Pero también a Pepa habíasele antojado el colosal buñuelo y, más ligera que Curra, lo cogió y se lo zampó de un bocado, antes de que la otra lo hubiera tocado siquiera.

Cegó la indignación a Curra, y, loca de ira, se abalanzó sobre Pepa con ánimo de sacarle de la boca el buñuelo.

¡ Virgen santa, la que se armó ! Rodaron las sillas por el suelo, rodó la mesa, rodaron los buñuelos y todo el mundo se abalanzó sobre las dos majas para separarlas.

Lo consiguieron, pero no antes de que Curra hubiera dado dos tremendos azotes a su rival.

Desde entonces, quedaron rotas las hostilidades entre las que antes eran tan buenas amigas, pero ni una ni otra dijeron nada al *Roñas* y al *Pizpierno*, para evitar que cada uno saliera en defensa de su hermana y (¡ como

Cegó la indignación a Curra...

tenían aquel geniazo!) se enredaran a puñaladas en la cárcel misma.

Pepa y Curra no se cruzaban ni siquiera el saludo, pero he aquí que llegó el día en que los encarcelados quedaron en libertad y Pepa pensó que si no ponía remedio a la situación antes de que *Roñas* y *Pizpierno* llegaran a Madrid, se enterarían éstos de lo ocurrido y entonces sí que se armaría la gorda.

Y como Pepa era entre las dos la más razonable, no vaciló en echarse la mantilla y salir de casa en dirección de la de Curra.

Llamó resueltamente a la puerta y la Curra, al salir a abrirle y verla, demostró alegrarse, dejando entrever que la misma idea de reconciliación había pasado por su pensamiento para evitar un nuevo disgusto a sus hermanos y novios.

Así pues, se entendieron en seguida y se fueron a recibir a los hermanos en amigable compañía.

Pero he aquí que *el Mudo*, como todos los vecinos del barrio, habíase enterado de lo sucedido en aquella noche de Difuntos y, como viera salir juntas a sus dos desdeñosas preten-

didas, se extrañó mucho, y las detuvo para preguntarles adónde iban.

Explicáronselo ellas, así como el motivo de la repentina reconciliación y le preguntaron a su vez por dónde solían llegar a Madrid los presos.

El Mudo, que rápidamente había concebido un plan de venganza, les indicó el camino opuesto, y en tanto las majas se dirigían a él, el despechado galán se fué a casa de la Curra y se sentó en el borde de la acera para esperar la llegada de *Pizpierno,* que a buen seguro no tardaría.

Pero el que llegó en seguida fué Zaque, majo garrido, el cual se extrañó mucho de ver al *Mudo* sentado de aquel modo en medio de la calle.

—¿Qué haces ahí?—le preguntó.

—Espero la hora de mi venganza.

Y, a las preguntas de Zaque, *el Mudo* se lo explicó todo.

—Te aconsejo lo olvides. Es lo más cómodo—le aconsejó Zaque.

Y *el Mudo* montó en cólera.

—¿Yo olvidar? No me conoces. Yo, Za-

que, no olvido hasta ver a mis enemigos hechos trizas. Yo soy sobrino de mi tío Manolo, que Dios guarde; aquel que en el Campillo de Manuela murió de mala muerte, después de haber servido en diez campañas y haber salido victorioso en las diez.

—¡Oh, tu tío!—exclamó Zaque evocadoramente—. ¡Cuántas veces jugamos a la taba los tres juntos!

—Cruel memoria.

—Bien, amigo *Mudo*—dijo Zaque de pronto—. Este recuerdo me decide a prestarte ayuda. ¿Quieres vengarte? Pues yo facilitaré tu venganza.

—¿Cómo? ¿Acaso una tanda de palos?

—No. Que ellos se los den a sí mismos, evitándonos este trabajo. A veces puede la lengua más que los golpes.

—¡Silencio! ¡Ahí viene *Pizpierno*.

En efecto, allí venía.

—¡Oh, mis antiguos camaradas!—exclamó al ver al *Mudo* y a Zaque.

—¡Bien venido, *Pizpierno*!—dijo *el Mudo*—. ¿Y *Roñas*?

—Se ha ido a casa de su hermana, en tanto

yo vengo a ver a la mía. Después nos reuniremos los cuatro para tratar de las bodas.

—¡Cruel problema!—exclamó *el Mudo*.

—¿Por qué cruel? — preguntó extrañado *Pizpierno*.

—Calla, calla, amigo *Mudo*. No delate tu rostro la fatal noticia—dijo Zaque.

—¿Fatal noticia? ¡Pronto! ¡decidme qué sucede!

—Es cosa muy amarga dar a un amigo un trabucazo.

—Peor es tenerle encañonado con el trabuco y con la angustia de que de un momento a otro se va el arma a disparar.

—Es contra tu honor.

—No importa. Habla en seguida.

—Pues sucede que durante tu ausencia azotaron a tu novia.

—¿A la Pepa?

—A la Pepa.

Pizpierno sacó la navaja, la abrió y exclamó:

—¿Y quién fué el infame? Aunque vuelva a presidio he de cortarle la mano. ¿Decid pronto! ¿Quién fué?

Y entonces repuso *el Mudo* cachazudamente:

—Tu hermana.

—¿La Curra?

—La Curra.

—¡Oh qué lucha se entabla en mi corazón! De un lado tira el afecto fraternal; del otro, el amor de esposo.

—Lo mejor será que guardes el arma.

—Dices bien. No debo precipitarme.

Y, volviéndose hacia la casa, llamó:

—¡Curra, Curra!

—No la llames, que salió.

—¿Dónde? ¿Lo sabes?

—Fué con Pepa a recibirte.

—¿Con Pepa? ¿Luego ya están en paz?

—A la fuerza: son cuñadas.

—¿Y cómo no las vi?

—Porque, sin duda, equivocaron el camino.

—Bien. Pues mientras vienen, explicádmelo todo. ¿Cómo fué? ¿Qué causa tuvo la riña?

El Mudo lo refirió todo, exagerando algunos puntos.

—¡Y que por un buñuelo miserable no se

puedan unir las familias de los *Roñas* y *Pizpiernos*!

—¿Llamas miserable al buñuelo? ¡Cómo se conoce que no lo viste!

—¿Tan gordo era?

—Como la rueda de un carro.

—¡Válgame Dios!

—Lo que debes hacer—dijo Zaque—es pedir disculpas a su hermano.

—Ahí viene. Disimulemos.

En efecto, allí venía *Roñas*, el cual, muy contento, preguntó:

—¿Has visto ya a tu hermana y dueña mía, amigo y hermano?

Pizpierno, muy turbado, no sabía qué contestar.

—¿Qué sucede?—preguntó *Roñas*, extrañado—. ¿Por qué bajas la vista y vacilas en contestarme?

Y *Pizpierno* repuso con decisión:

—Como amigo, ven a mis brazos. Como hermano de Pepa, saca la navaja.

—¿Para qué? ¿Para picar tabaco?

—Para darme cien puñaladas si me ganas la vez.

—¿Y volver a presidio?

—Si te mato yo a ti, eso te ahorrarás.

—Pero antes dime la causa.

—Ya te la diré después de haberte matado.

—Antes ha de ser.

—Tiene razón *Roñas*. Debe ser antes—intervino *el Mudo*.

—Pues sábelo de una vez, *Roñas*. Tu hermana ha sido azotada. Y estando así infamada, no quiero casarme con ella.

—¿Y quién fué el autor de los azotes?

—Mi hermana Curra.

—¿Estás seguro de qué es cierto?

—Estos dos amigos fueron testigos—dijo *Pizpierno*—. ¿Verdad?.

—Sí—repusieron *el Mudo* y Zaque, muy satisfechos de la camorra que se había armado.

—Conque riñamos—dijo *Pizpierno*.

—Conforme—repuso *Roñas*, que ya no podía reprimir la ira—. Pero, para que veas que cumplo mejor que tú las palabras que doy, cuando te mate, me casaré con Curra y después le daré cuatro patadas.

—¡Al arma, pues!

Y *Roñas* sacó su navaja. Pero era tan pe-

queña, que al lado de la de *Pizpierno* no se veía.

—¡Eh, alto!—exclamó *el Mudo* al advertir la diferencia—. Es preciso que riñáis con armas iguales para que las fuerzas estén también igualadas.

—¿Qué hacer?—exclamó *Pizpierno*—. No tengo otra navaja.

—Tampoco yo—dijo el *Roñas*.

—Todo se arreglará—intervino Zaque.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Por cada navajazo que dé Pizpierno, debe dar dos *Roñas*.

—¡Excelente idea!

—No hubiera discurrido más cuerdamente Sancho Panza.

—¡Ea! Que es tarde.

—Un momento—exclamó *el Mudo*, y añadió dirigiéndose a Zaque—. Ya sabes, amigo Zaque, que cuando las gentes bien criadas ven que dos caballeros tienen que tratar de asuntos importantes, les dejan solos.

—Vámonos, pues.

—Para luego es tarde.

Y se marcharon, dejando solos a los dos contendientes.

—Ya estamos solos.

—En efecto.

—¿Qué esperas?

—Entra tú primero y yo te recibiré.

—Allá voy.

Pero algo les detuvo.

Oyéronse voces y carreras y apareció un monaguillo, huyendo de una vendedora de castañas.

—¡Detengan a ese pícaro!—gritó la castañera.

—¡Sujeten a esa mujer, que estafa al público, dando pocas castañas y tan malas, que no se las puede hincar el diente!

—¡Peor es el cuarto que me has dado tú!

—¡Corre muchacho!—le animó *Roñas*.

—Antes quiero apedrearla con castañas. Le tiraré primero ésta que está podrida.

Y se la tiró, dándole en las narices.

—Y ésta que está casi cruda.

Y le acertó en la frente.

—Y ésta que... No; ésta, como está sana, me la como.

—¿Ven ustedes qué desvergonzado es?

—Déjele usted—le aconsejo *Pizpierno,* en tanto el monaguillo huía.

—¿Dejarlo? Voy a contarle en seguida al alcalde lo que pasa. Y, si no, al sacristán, de cuyo corazón soy dueña.

Y se fué.

Apareció *el Mudo.*

—¿Cuál de los dos ha muerto?

—Ninguno, como ves. Otra riña entre una castañera y un monaguillo ha detenido nuestros brazos y ha alargado nuestras vidas unos momentos.

—Pues dejad la pendencia.

—¡Imposible!

—Es que vienen hacia acá vuestras novias y hermanas.

—¡Nuestras hermanas!

—Sí. Vienen muy inquietas porque no os han encontrado y han sabido que entrasteis en Madrid sin esperarlas.

—¿Dónde están?

—¿Por dónde vienen?

—Por allí. ¿No las veis? Están ya muy cer-

ca. Sosegaos para que nada noten cuando os vean.

—No seré yo el que vea a una mujer azotada—dijo *Pizpierno*.

—Ni yo el que abra mis brazos a una infame azotadora—replicó el rival.

—¡ Sígueme si eres hombre !

—¡ Si lo eres tú, ven conmigo !

—En el campo estaremos más anchos.

—Allí podrá correr mejor tu sangre.

—Decís bien—les animó perversamente *el Mudo*—. Id al Campillo de la Manuela, y si el valor a alguno llega a faltaros, invocad a Manolo, aquel héroe famoso cuyo espíritu al más cobarde hace arder de coraje.

—¿Qué más Manolo que yo?—dijo jactanciosamente el *Roñas*.

—Vamos ; a ver si en el lugar del duelo sostienes esa actitud que es más propia del Cid que de un majo cualquiera.

—Pues andando.

—Pues andando.

Y mientras se iban, *el Mudo* se decía muy contento :

—Que todo el Avapiés arda en celos, en

chismes y camorra, puesto que yo me abraso de despecho y de sed de venganza.

En esto llegaron Pepa y Curra, muy ansiosas e inquietas.

—*Mudo*—dijo Pepa—. ¿Has visto por casualidad a nuestros hermanos?

—¿Sabes dónde están—inquirió Curra.

—Sí los he visto.

—¿Y qué?

—¿Dónde se hallan?

—Lo único que de ellos sé, señoras mías, es que, apenas llegaron, se enteraron de lo que sucedió aquella noche de Difuntos.

—¡Qué dolor!

—¡Perdidas estamos!

—Otra cosa sé también.

—¿Cuál?

—¡Dila!

—Pues que *Roñas* no te quiere a ti, Curra.

—¿Por qué?

—Por azotadora.

—¡Válgame Dios! ¡Cuánto pesar!

—Y a ti, Pepa — prosiguió *el Mudo* con malsano placer—, no te quiere *Pizpierno*.

—¿Y cuál es el motivo

—El de que hayas sido azotada.

—¡ Suerte perra !

De pronto, preguntó Curra :

—¿ Y quién les ha ido con el cuento ?

—La castañera—mintió *el Mundo* con desfachatez, y añadió para meter más cizaña aún— : De modo que ya veis lo que trae una riña.

—¡ Maldito buñuelo !

—Si no hubieras empezado tú por echarle el ojo.

—Si tú no te hubieras adelantado.

—¡ La culpa fué tuya !

—¡ No, señora, que fué tuya !

—Un momento, señoras — interrumpió *el Mudo*—. Voy a un recado y vuelvo.

Y se fué, dejando frente a frente a las dos rivales.

—¿ Estás contenta ? ¿ Ves la tremolina que se ha armado por tener tú las manos demasiado largas ?

—¡ Si no la hubieras alargado tú cuando viste el buñuelo !

—No es lo mismo azotes que buñuelos.

—Es que a mí no se me impone nadie.

—Pues te advierto que cuando yo me atufo, nadie campa donde está la Pepa.

—¿Qué Pepa?

—Yo.

—¿Y por qué no te atufaste aquella noche?

—Acababan de hacerme una sangría en este brazo.

—¿Y ahora, cómo te encuentras?

—¿De salud?

—Sí.

—Excelente. ¿Acaso lo quieres ver?

—Yo siempre estoy dispuesta para eso.

—¿Tú? Pierdes el tiempo hablando. Y cuando se trata de hacer...

—Hago más que otra cualquiera.

—Todo palabras.

—No volvamos...

—¡Volvamos, sí! Pero que no valgan zancadillas, que es lo que aquella noche te dió la victoria.

—También yo se reñir de fuerza a fuerza.

—Demuéstralo, pues yo pienso pelear de puño a puño.

—¡Ahí va!

Y Curra se abalanzó sobre Pepa, pero ésta

logró esquivarla y le propinó un tremendo bofetón que se oyó en toda la calle.

—Ese agravio es mayor que el que yo te hice —exclamó Curra.

—Pues véngate si tan valiente eres.

—Ahora probarás mis uñas.

Y se lanzó de nuevo, sobre la Pepa con las uñas apercibidas. Logró clavárselas en un carrillo, pero la Pepa la cogió del pelo al mismo tiempo.

—¡ Ay mi cabello !

—¡ Hay mi cara !

Y no sabemos cómo habría concluído la contienda, si no las distrajera Zaque, que regresó y les dijo así :

—¡ Ah, insensatas ! ¿ Acaso no basta la catástrofe sucedida entre vuestros hermanos y novios ?

Las dos se separaron al instante.

—¿ Han reñido ?

—¿ Acaso murieron ?

—Algo peor les ha sucedido—repuso Zaque, disimulando el placer que sentía.

—¿ Peor ?

—Sí.

—¿Qué es ello? Habla.

—Pues que por segunda vez han caído en manos de la justicia.

—¿Por qué?

—¿Qué nueva locura han cometido?

—La locura es vuestra, puesto que vuestra es la culpa.

—¡Por favor, amigo Zaque, cuenta pronto lo que ha pasado!

—Pues iba yo hacia mi casa, como siempre muy tranquilo, pues quien nada debe nada teme... y eso lo sabéis vosotras...

—¡Adelante!

—Pues iba yo hacia mi casa, cuando vi a lo lejos a *Roñas* y a *Pizpierno* que luchaban a brazo partido.

—¿A cuál de los dos se le ha partido el brazo?

—A ninguno.

—¿Pues no dices?...

—A brazo partido quiere decir...

—¡Adelante!

—Pues luchaban... ¡y con qué coraje! ¡con qué admirable valor!

—¿Y no los separaste?

—El que es prudente no se mete nunca donde no le llaman, pues ya sabéis que la prudencia...

—Lo sabemos. Sigue.

—Pues cansado ya *Pizpierno* de pelear, echó a *Roñas* la zancadilla y dió con él en el suelo fácilmente... Ya veis, en el suelo. Cuando dos hombres riñen y...

—Eso no importa.

—Continúa, Zaque. ¿En qué quedó la riña?

—Estábamos en que *Roñas* cayó al suelo. Y estando en el suelo *Roñas,* alargó el brazo, cogió a *Pizpierno* por un pie, tiró, y he aquí que *Pizpierno* rueda también a tierra. Uno y otro se irritan. Se insultan. Se levantan. Retroceden cada uno cuatro pasos para tomar carrerilla y...

—¡ Las navajas !

—Se destripan.

—¡ Qué navajas ni que cuernos ! Sus armas eran los puños.

—Es increíble.

—No comprendo.

—Es que la navaja del *Roñas* era tan chica, y tan larga la del otro, que cuando aquél hubie-

ra alcanzado a su rival con la suya, ya llevaría dentro tres varas de acero.

—Entonces no habrá sido tanto el mal.

—Me tranquilizo.

—Pues perderás la tranquilidad cuando sepas—continuó Zaque—cómo concluyo aquello. Retrocediendo cuatro pasos, como he dicho, alzan los puños, se apuntan a las narices, embisten y se las hacen mostaza. Corre la sangre, y unos muchachos que presencian la lucha corren también. De modo que, en menos que se cuenta, se han reunido en el lugar del suceso cien comadres. Aumenta el bullicio y así están las cosas cuando el alcalde aparece. Y al mismo tiempo, como por arte de magia, surgen dos alguaciles que les prenden sin esperar la orden del alcalde... Y colorín colorado...

—¿Pero que ha sido de ellos?

—Hacia aquí vienen.

—¡Infeliz *Roñas*!

—¡Desdichado *Pizpierno*!

—¡Y todo por un buñuelo!—exclamó burlonamente Zaque.

...con las narices destrozadas y con el traje sucio...

En esto aparecieron el alcalde y los alguaciles conduciendo a los dos detenidos.

El alcalde había sido avisado por el vengativo *Mudo*, el cual no sólo le denunció la pendencia de *Roñas* y *Pizpierno*, sino que le dijo también que Pepa y Curra estaban a punto de reñir cuando él las dejara.

Por eso el alcalde, antes de conducir a los contendientes a la cárcel, preguntó al *Mudo* dónde estaban las hermanas de los detenidos, y, al averiguarlo, ordenó:

—Pues dirijámonos hacia allí, a ver si son cuatro en vez de dos los que nos hemos de llevar.

El Mudo rebosaba de gozo. No sólo iba a ser completa su venganza, sino que con tanta prudencia se condujo el alcalde, que nadie, ni los mismos detenidos, se habían enterado de quién era el delator, con lo que no habría de temer las iras del terrible *Roñas* ni del feroz *Pizpierno*.

Estos dos venían, de acuerdo con lo que Zaque había anunciado, con las narices destrozadas y con el traje sucio de tierra y hecho jirones. Las greñas, también cubiertas de pol-

vo, así como las cejas y el pelo ponían una desordenada corona sobre sus magulladas frentes.

—¡ *Pizpierno* mío !

—¡ *Roñas* de mi alma !

—¡ Pepa de mi corazón !

—¡ Idolatrada Curra !

—¡ Triste espectáculo !—exclamó *el Mudo* irónicamente.

—¡ La pena me ahoga !—dijo Zaque.

E iba el alcalde a hablar, cuando llegó la castañera con el monaguillo cogido de una oreja y dándole cachetes.

Había ido en busca del alcalde como dijera, pero no lo halló deparándole el azar en cambio, a la vuelta, al monaguillo que, sobre darle un cuarto malo, habíala apedreado con castañas.

Cuando lo tenía cogido, vió al alcalde y se apresuró a ir hacia él con el monago delincuente.

—Señor alcalde—exclamó—. Llévese a la cárcel a este pillo.

—Es a ella a quien deben encerrar, señor alcalde, pues todo lo que he hecho ha sido ape-

drearla con cinco castañas de las seis malas que me dió por un cuarto.

Al ver a la castañera, tanto Pepa como Curra recordaron al punto que, según les dijera *el Mudo*, ella fué la que contó a sus hermanos y novios el drama del buñuelo, el cual había dado lugar a tanto desastre.

Por eso a Pepa se le subió la sangre al rostro, y tanta fué su ira, que no respetó la presencia del alcalde para exclamar:

—¡Eres una soplona!

—¿Yo?—exclamó la castañera muy asombrada.

—Sí, tú—dijo la Curra—. Tú, que apenas llegaron de fuera nuestros hermanos, les fuiste con el cuento de cosas que debían ignorar.

—Señor alcalde, que me lo hagan bueno. ¿Chismosa yo? Las chismosas son ellas.

—¿Yo chismosa?—rugió Curra.

—¡Chismosa yo?—bramó Pepa.

Y no sabemos hasta dónde habrían llegado las cosas, de no intervenir los alguaciles con oportunidad y energía.

—¡Respeto a la autoridad!—gritó el alcalde.

—Señor alcalde, haga usted justicia—rogó la castañera.

—Justicia se hará, pero, silencio todo el mundo. Vamos a ver: ¿qué chisme ha sido ese?

Al ver el juego malparado, *el Mudo* trató de escurrir el bulto.

—Señor alcalde: ¿manda usted otra cosa? Es tarde ya y tengo que hacer en casa.

—¡Alto!—dijo uno de los alguaciles—. Por lo que se ofrezca, siempre es bueno que haya testigos.

—A ver; usted—dijo el alcalde a Curra—. Sin precipitarse ni dar voces, explique lo que ha sucedido.

—Pues que la Pepa y yo estábamos ya como hermanas, y la castañera, con sus habladurías, nos ha vuelto a indisponer.

—¡Mienten, señor!—protestó con energía la castañera—. Yo no he hablado con estos hombres más que para decirles que cogieran al monaguillo.

—Así nos lo ha dicho a nosotros *el Mudo* —aseguró la Curra.

—¿Tú? ¿tú me has levantado ese falso tes-

timonio? — exclamó la castañera, ciega de ira—. Te acordarás de mí para siempre, embustero.

Y se abalanzó sobre él.

Pero el alguacil volvió a intervenir y otra vez impuso su autoridad el alcalde.

—¡He dicho que silencio! ¡Que nadie se mueva! Todo se aclarará y el que sea culpable de este enredo, lo purgará bien purgado.

Y, con más calma, añadió:

—Este, *el Mudo* ha sido el que ha venido a casa a contarme la pendencia de los presidiarios y de sus hermanas.

—¡Enredador!

—¡Chismoso!

—¡Cobarde!

—¡Mujercilla!

Estos y otros calificativos llovieron sobre *el Mudo*, el cual, viéndose perdido, echó las culpas a Zaque.

—Yo fuí a avisarle a usted, señor alcalde, pero no dije el motivo de la pendencia, que sobre él sólo este caballero ha hablado.

—¿Dónde está el caballero?—preguntó el alcalde.

—Aquí—aclaró *el Mudo*, señalando a su chismoso amigo.

Y también sobre él cayeron los adjetivos más desagradables, como obsequio de Pepa, Curra y sus hermanos.

—¿Pero cuál es el motivo?—preguntó el alcalde—. Pues todo es hablar y hablar, y no hemos aclarado nada todavía.

—Yo lo explicaré, señor alcalde—dijo Curra—. Fué todo pura patarata. Estábamos reunidas Pepa y yo con unos vecinos la noche de Difuntos, cuando un gran buñuelo que había en una cesta, nos tentó a las dos. Las dos quisimos cogerlo y lo logró una. Se originó una disputa y al final de ella fué un par de azotes que yo dí y que mi amiga recibió.

—Y se revolucionó todo el barrio—apuntó *el Mudo*.

—Y Pepa ha quedado agraviada—dijo Zaque.

—No tal—prosiguió Curra—. Pues si yo dí a ella un par de azotes, ella me ha dado a mí

una bofetada. Estamos, pues en paz. Y ella me perdona a mí y yo la perdono a ella. Y aquí no ha pasado nada.

—¿Y de vuestros hermanos, qué me decís? —preguntó el alcalde.

—Pues que los dos venían tan contentos y dispuestos a no volver a dar motivos para ausentarse, y pensando *Roñas* en mí, pues soy su novia, y *Pizpierno* en Pepa, cuando, sin duda, *el Mudo* y Zaque los han hallado y les han contado nuestra riña, que nosotras queríamos ocultar para que no hubiera más guerra.

—Sí, señor alcalde—dijo *Pizpierno*—. *El Mudo* me lo contó todo, y exagerándolo de tal forma, que yo me dije que el honor de los *Roñas* estaba mancillado y, como hombre cabal, debía ofrecerle un desquite.

—¿De modo que todo esto proviene de dos azotes?

—No, señor alcalde.

—¿Pues de qué?

—De un buñuelo.

—Pero, gracias a Dios, entre nosotras todo está arreglado.

—¿Y entre vosotros?—preguntó el alcalde a *Roñas* y a *Pizpierno*.

—Por mí, *Roñas*—dijo éste—estoy dispuesto a cumplir mi palabra de matrimonio.

—Y por mí—dijo *Roñas*—, nuestras diferencias están saldadas.

—Ahí va, pues, mi mano de amigo.

—Ahí va la mía.

—¿Entonces—dijo el alcalde—todo lo han urdido estos dos tunos?

—Ellos—dijo la castañera.

—Ellos sí.

—¡Chismosos!

—¡Embusteros!

—Prendedlos, señor alcalde.

—Y que aprendan en presidio a no turbar la paz de los que paz quieren.

—Está bien. Tenéis razón—convino el alcalde—. Hay que escarmentarlos por bien de la paz pública.

Y añadió, dirigiéndose a los alguaciles:

—Soltad a *Roñas* y a *Pizpierno* y coged a esos dos tunos. Con tres o cuatro meses de cárcel purificarán su lengua chismosa.

—¿Y ellos quedan libres? — protestó *el Mudo.*

—Así será mayor vuestro castigo—dijo el alcalde.

Hicieron los alguaciles lo que éste mandaba y entonces se dejó oír la voz de la castañera:

—Ahora me toca a mí, señor alcalde.

—¿Todavía hay más?

—Sí. La cuestión del monaguillo.

—Escuchemos a las dos partes.

Pero he aquí que faltaba una de ellas. Aprovechando el ardor del debate, el monaguillo había puesto pies en polvorosa.

—¿Dónde está la otra parte, señora mía?—preguntó el alcalde mirando a un lado y a otro.

—Eso digo yo. ¿Dónde está ese demonio de monago?

—Sin duda es amante de la paz, cuando ha huído del bullicio—dijo un alguacil.

—Cierto—convino el alcalde.

—Pues esto no ha de quedar así. Quiero que se le escarmiente.

—Comenzaremos por examinar las castañas

—declaró el alcalde—. A ver si el monaquillo tiene razón al decir que hay más malas que buenas.

Al oír esto la castañera se sobresaltó. Si examinaban las castañas estaba perdida. Por eso se apresuró a cambiar de actitud y dijo con mucha mansedumbre:

—Que quede así el asunto. No vale la pena un cuarto de castañas.

Y corrió hacia su puesto y se sentó en su taburete. Ya le contaría al sacristán lo sucedido.

Pero lo gracioso del caso fué que oyó un siseo de llamada. Miró en todas direcciones y su vista tropezó con el monaguillo, que, oculto en un portal, le hacía burla. Y hubo de soportar pacientemente la mofa, porque el alcalde y los alguaciles estaban cerca.

Entretanto, el alcalde había dado orden de que se llevaran al *Mudo* y a Zaque, y era tal la cólera que ambos sentían, que comenzaron a insultarse y a echarse las culpas uno a otro.

—Tú eres el culpable, por haberme metido en este enredo, maldito *Mudo*.

—La culpa es tuya, que has tramado el plan de venganza, fatídico Zaque.

—¡Reniego de las mujeres!

—Y yo de amigos como tú, que sólo para acusar sirven.

Y desaparecieron ambos a lo largo de la calle, arrastrados por los alguaciles.

Entonces dijo el alcalde a los hermanos y novios:

—Ahora mucho cuidado. Observad buena conducta, pues no siempre se puede hacer gracia. Y sabed que si hoy os la he hecho, ha sido en consideración a que volvéis de presidio, adonde os llevó un altercado como éste. Casaos y sed muy felices.

Al quedar solos los amigos, hermanos y novios, se abrazaron, jurándose no volver a las andadas.

—Ahora a mudaros esas ropas—dijo Curra.

—Y a lavaros esas caras—manifestó Pepa.

Y entraron los cuatro alegremente en casa de Curra y de *Pizpierno*.

Y cuando ya parecía que todo había concluído y que ningún personaje de esta historia había de volverse a ver, apareció el monaguillo, el cual, mirando hacia la puerta que

se acababa de cerrar, exclamó jubilosamente:

—¿Dos bodas a un tiempo? Dos propinas se me esperan. Y como los cuatro son rumbosos, tendré para comprarme un puesto entero de castañas.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS